BOLSILIBROS BRUGUERA

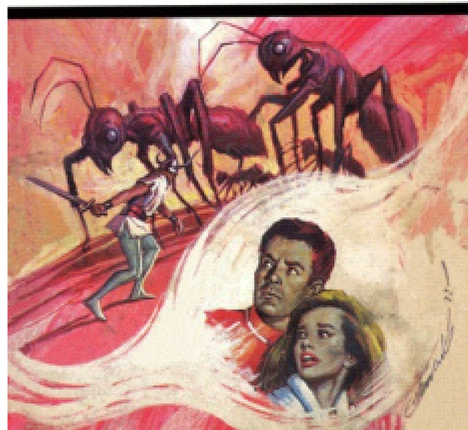
la conquista del ESPACIO

YO... NACI MAÑANA

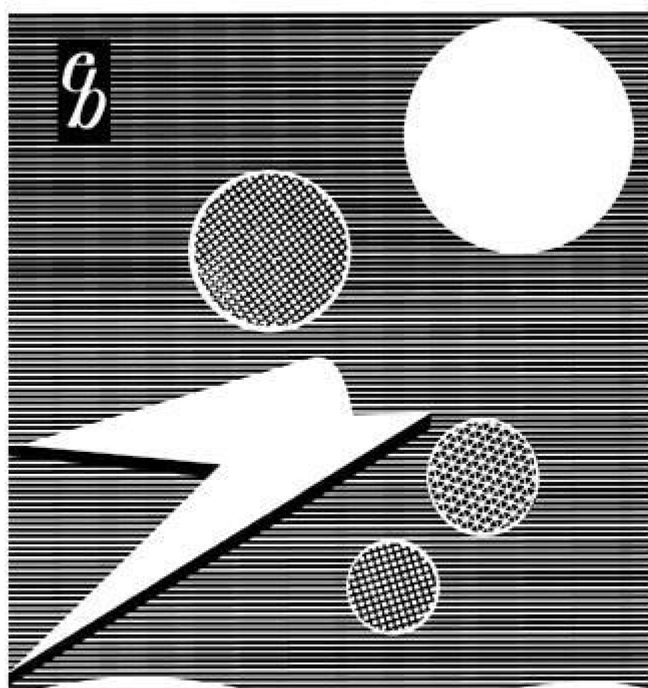
curtis garland

CIENCIA FICCION





BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del
ESPACIO
YO... NACI MAÑANA
curtis garland
CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

YO NACI…
MAÑANA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 96

Publicación semanal

Aparece los viernes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal B. 16.839 — 1972

Impreso en España — Printed in Spain

1.a edición: junio, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1972,

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

91 — Agonía de un planeta - Ralph Barby

92 — Un planeta llamado Khisdal - A. Thorkent

93 — Orbita de locura - Joe Mogar

94 — La bomba total - Glenn Parrish

95 — Rastros en el espacio - A. Thorkent

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

«¡Miradme! ¡Sois fantasmas, estáis todos muertos! ¡Yo, Peter Standish, me rio de vosotros, porque ya ni siquiera existís! ¡Os estáis pudriendo hace siglos en vuestras tumbas, y ni siquiera lo sabéis! ¿Y vosotros, espectros, seres sin vida, gente desaparecida hace ya tanto tiempo, pretendéis oponeros a mi destino, decirme cómo han de ser todas esas cosas que yo sé cómo serán, porque ya sucedieron y pasaron, como vosotros habéis pasado por la vida, pobres fantasmas ridículos?»

Henry James y Balderston,

en «Berkeley Square»

PORTICO

¿Hacia dónde camina el Hombre? ¿Adonde llegará?

No pretende esta obrita dar respuesta alguna a tales preguntas. Sería esperar demasiado de un simple relato de ficción, sobre una posibilidad científica que está ahí mismo, a la vuelta de la esquina.

La Cibernética puede llegar a lo que aquí exponemos. De eso no cabe duda. Puede hacerlo. No quiere decir taxativamente que lo haga, pero mucho mayor prodigio sería para un ciudadano normal de finales del siglo XIX ver lo que hacen las computadoras, los cerebros electrónicos, y todo lo demás — incluida la televisión en color, las transmisiones espaciales y los sistemas automáticos de la Astronáutica actual — que lo que las computadoras de nuestro relato son capaces de realizar.

Todo ello entra en el terreno de lo previsible y de lo factible. Nada es gratuito ni desorbitado. En ese lado, pues, la Ciencia es sólo instrumento caprichoso para la imaginación del autor.

El resto del relato es más bien fundamentado en un elemento—clave de la historia del mundo: el Hombre mismo. Tiempo y Espacio se someten y condicionan a él mismo, ya que sin el ser viviente, consciente del lugar y momento en que existe, espacio y tiempo significarían bien poco. Todo lo más, una distancia recorrida por nadie, y el transcurso de días y noches que no verían movimiento ni acción alguna, en un mundo sin vida. Dejarían, entonces, de tener valor por sí mismos. Recordemos que no es el tiempo el que pasa por nosotros, sino nosotros por él.

— Todo esto forma una amalgama científico-filosófica, que es la que sirve de base al relato, pero que, naturalmente, no pretende lastrarlo en absoluto. La obra es acción pura, y acción de un puñado de seres cuyo momento, en el Tiempo, no cuenta sino en función de sí mismos y de lo que puede influir, en la vida de otros seres — o en su muerte, incluso —, la existencia de algunos que ni siquiera hemos conocido o conoceremos. Todos estamos condicionados a todos. Y sin eso, el destino no existiría.

Porque el destino del Hombre es el propio Hombre y su obra. Eso es, quizá, lo que este relato pretende dejar sentado. El engranaje universal, el de la propia Historia del mundo... ¿funcionaría igual, si una pieza, una sola, fuese desmontada o rota?

¿El futuro es el mismo, si algo ha sido diferente en el presente o en el pasado? ¿Seríamos nosotros los mismos, si otros acontecimientos remotos hubieran sido diferentes, si personajes famosos hubieran dejado de existir antes de influir en la marcha de la propia historia?

Esa es la gran incógnita. Posiblemente, todo hubiera cambiado. Para bien, o para mal. Así, pues, el Hombre y el Tiempo son elementos indisolublemente ligados entre sí. Eso forma una dimensión que es, en realidad, otro espacio infinito y fantástico a conquistar por la Ciencia.

Quizá nunca se logre ahondar en el enigma. Quizá no.

Pero el autor, en la dimensión imaginativa de su creación literaria, puede permitirse esa licencia.

En esta obra existen una serie de factores complejos, como son esa influencia de un hombre cualquiera en el destino de otros, y de la propia Ciencia en la posibilidad — aún teórica — de prever el futuro e intentar — ¿con éxito o sin él? — evitar que ese futuro sea negativo.

Todo eso, naturalmente, en un ámbito de aventuras, peripecias, *suspense* e intriga, pero siempre dentro de ese clima del futuro, de la SF, que el propio tema lleva consigo.

La moraleja —si existe realmente— cuenta poco. Lo que cuenta es la situación en sí. La lucha del hombre por sobrevivir. No él mismo, sino su especie. Su símbolo. Su legado para el porvenir.

Seguramente, esa forma de «luchar» que los personajes de este tema llevan a cabo en el relato no será posible. O lo será dentro de muchos siglos…, si lo es alguna vez, ya que roza más lo filosófico o metafísico que lo puramente físico. Pero estamos jugando con la eterna posibilidad de que la hipótesis resulte realidad tangible. A los antiguos les ocurrió así. El tiempo les dio la razón luego.

A nosotros, ¿qué nos dirá nuestro tiempo futuro?

¿Sí o no?

Yo no lo sé. Nadie lo sabe. No tenemos la respuesta. Hemos nacido HOY. Y en esta obrita, un personaje—clave asegura que él… *nació mañana.*

Pura ficción, claro. Fantasía. ¿Fantaciencia? Lo que se quiera. Pero, desde luego, simple imaginación aún.

Sólo que mañana… ¿quién sabe?

C. G.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Centrópolis, año 2099

Los miembros del Gran Consejo me contemplaron, profundamente abstraídos.

— ¿Estás completamente seguro de lo que afirmas? — preguntó el consejero mayor.

— Totalmente seguro, sí — afirmé, rotundo.

Se miraron entre sí. Yo supe que dudaban. Que dudaban profundamente. Que no me concedían excesivo crédito. No me sentí ofendido por ello. Distaba mucho de pensar así de los demás. Si no tenían fe en mí, no podía reprochárselo. Pero sí estaba dispuesto a probarles que se equivocaban.

— Es una afirmación demasiado contundente, ¿no crees? — objetó uno de los consejeros.

— Cuando afirmo algo, sé por qué lo hago — dije.

— ¿Sin lugar a dudas?

— Sin lugar a dudas.

Siguió un silencio profundo. Era evidente que se sentían desconcertados. Pero también escépticos. Querían confiar, tener esperanzas. Y no podían.

— Apenas hay tiempo ya — me señaló uno de ellos, solemne.

— Lo sé — afirmé —. Y discutiendo, perderemos el poco que nos queda.

— Este Consejo debe resolver — me replicó, arrogante, el consejero mayor —. Así lo especifica la ley.

— Dentro de poco, si seguimos cruzados de brazos, la ley habrá sido el peor de los verdugos — sonreí, irónico.

Volvieron a intercambiar miradas perplejas, vacilantes. Hubo entre ellos un cuchicheante conciliábulo. Esperé con firmeza, muy erguido frente a ellos.

En algo tenían razón. El tiempo no sobraba. Pero lo estábamos perdiendo lastimosamente, además.

Ellos no pensaban que yo bromease. No se bromea con cosas así. Y tampoco tenía yo fama de humorista. No se trabaja en el Centro Mundial burlándose de los demás.

— De todos modos, vamos a deliberar — habló el consejero mayor —. Será breve.

— Tiene que serlo.

— Es que... resulta difícil imaginar una cosa así.

Asentí, con un enérgico movimiento de cabeza.

— Lo sé. He pensado lo mismo que todos vosotros. Me resistía a venir aquí a dar mi informe. Pero tenía que hacerlo; era irremediable.

— ¿Cabe algún margen al error?

Me encogí de hombros. Todos aquellos preámbulos y dudas me irritaban.

— Siempre cabe — admití —. Pero no creo que lo haya.

—¿Cuál es la posibilidad de error máxima, en Oz III? — indagó el consejero mayor.

— De 000006 — dije fríamente.

— Seis cienmilésimas —repitió un consejero, arrugando el ceño.

— Sobre cien unidades — le recordé, sarcástico.

Se volvieron a mirar, y el consejero mayor se incorporó solemne. Su voz fue grave.

— Bien, Roy Merman. Este Consejo va a deliberar. Solamente cinco minutos. Daremos la respuesta en el acto. No se retire.

Ellos sí se retiraron. Me quedé solo en la cámara del Gran Consejo, frente al amplio estrado semicircular, vacío ahora, tras cerrarse la silenciosa puerta deslizante tras el último de los Quince Hombres Sabios.

Respiré hondo. Di unos pasos por el hemiciclo, sintiendo el levísimo roce de mi calzado sobre el pavimento bruñido, cristalino. Encima de mí, las altas bóvedas dejaban penetrar la luz solar a

raudales, por sus curvas formas traslúcidas.

Fueron los cinco minutos más largos de mi vida. Creía que habían transcurrido ya, consulté mi reloj... y eran solamente dos los minutos de espera que llevaba allí. Impaciente, fui hasta uno de los telecomunicantes de la sala. Pulsé las cifras del Centro Mundial, y luego las de mi Departamento.

Velda apareció en pantalla. Su voz me sonó deliciosa, pese a su interna tensión, que yo sabía era latente.

— ¿Cómo va todo, Roy?

Sacudí la cabeza, tratando de poner el gesto más optimista de que era capaz.

— No mal del todo — informé —. Ellos deliberan.

Los ojos azules de Velda reflejaron angustioso apremio. No eran los habitualmente dulces, risueños y llenos de femenina ternura que yo conocía. El miedo hace cambiar a las personas. Incluso a Velda. Y eso que hasta aquel día, yo no había sabido lo que era el miedo.

—Roy, ¡no habrá tiempo! —gimió.

— Espero que sí lo haya.

— ¡Ellos deberían haber decidido ya!

—No, Velda. Yo les entiendo. Es demasiado grave. Todo demasiado trascendente para tomar una decisión inmediata. Ni siquiera... Ni siquiera podemos afirmar que Oz III no se equivoque...

— ¡Oz III nunca se ha equivocado hasta ahora! —protestó Velda.

—Eso es —sonreí—. «Hasta ahora». Pero recuerda; es sólo una máquina. Por perfecta que sea, puede averiarse. Todas las máquinas sufren alguna vez una avería. Eso es algo que no hay ciencia capaz de evitar. ¿Supones lo que significaría un error, por leve que fuese?

Velda pestañeó. Era maravilloso ver pestañear aquellos ojos celestes, de largas y curvadas pestañas, sedosas como hilos de oro puro. Pero seguía teniendo miedo.

—Roy, tú y yo... sabemos que no hay error.

— Claro — incliné la cabeza —. Lo sabemos los dos. Pero eso es todo. Lo sabe Tamura. ¿Y qué significa eso? Poco menos que nada. Los tres tenemos demasiada fe en Oz III para dudar de su informe. Para el

Consejo es sólo una máquina. Una computadora más. Hay posibilidad de error, aunque remota. Y no querrán correr riesgos.

— Pero ¿y si se cumple el informe, Roy, y el Gran Consejo no ha adoptado una decisión de urgencia que tenga carácter positivo? — tembló la voz de Velda.

—Entonces… —sacudí la cabeza, con pesimismo—. Entonces, todo se habrá perdido. Un hombre bueno habrá muerto. Y ése será solamente el principio del fin…

Velda no dijo nada. Se quedó mirándome. Yo le tiré un beso con la punta de los dedos. Y cerré el telecomunicador.

Me volví, despacio. La puerta de la sala de deliberaciones se abría. Los Quince Hombres Sabios regresaban a su estrado semicircular. Se quedaron allí alineados, en pie. Mirándome.

— Roy Merman, experto del Departamento de Computadoras del Centro Mundial — habló el consejero mayor con arrogancia —; hemos llegado a una decisión inapelable.

—¿Y es…? — murmuré, temiendo lo peor.

Lo peor llegó. Increíblemente, pero llegó.

— Hemos acordado desestimar tu demanda de urgencia de exigir oficialmente la participación del profesor Szabo en esta cuestión. La computadora Oz III será revisada. Puede estar en un error. La única medida a tomar, será la de reforzar la escolta del futuro presidente mundial, Zoltan Jaffe.

— ¡Pero…, pero eso no alterará los hechos! — grité, exasperado —. ¡El presidente será asesinado esta misma noche!

— No se hable más del asunto, Roy Merman — me cortó heladamente el consejero mayor —. Este Consejo ha hablado. Retírate.

Y me retiré. No había ya otra posibilidad.

Ahora lo sabía. Estuve seguro. El futuro presidente mundial sería asesinado. Justamente esa noche, la víspera de su toma de posesión.

Era lo que Oz III había predicho.

Y yo sabía que no había error en ello.

* * *

— No. No hay error.

— Ve y díselo al Consejo, Tamura. Si te escuchan, demostrarás que eres más persuasivo que yo, cosa que dudo.

Tamura, nuestro compañero, puso un gesto de estupor que alteró la habitual inexpresividad apacible de su rostro nipón. Hundió las manos en su transparente bata de trabajo.

— Es horrible, Roy — murmuró.

— Claro que es horrible. Pero no se puede hacer nada. Reforzarán la guardia, la escolta, los agentes de seguridad en derredor suyo. ¿De qué servirá eso? El siglo XXII va a conocer una terrible experiencia. No podrá empezar peor.

Tamura no dijo nada. Caminó por el laboratorio electrónico. Se detuvo ante los mil guiños luminosos, multicolores, de la cara frontal de Oz III. La computadora seguía su colosal trabajo de clasificación de datos, redacción de informes y cuanto le estaba encomendado, con admirable y fría eficiencia. No se sentía ofendida por haber sido despreciado su informe. Después de todo, era sólo una máquina, por perfecta que fuese.

— Ellos creen que el mundo vive ya en paz perpetua — musitó Tamura, apoyando sus manos en los tableros complejos de Oz III —. Que no hay magnicidios, ni asesinatos, ni ambiciones políticas ni mala fe en los hombres. Es eso lo que ellos creen. Viven en una utopía, Roy.

— Claro. Todo lo perfecto es utópico. Los hombres seguimos siendo los mismos. Hemos vivido un letargo de casi cien años de paz total, de perfecta convivencia. Pero hasta el bienestar y la paz nos cansan. De repente, un día...

Hice un chasquido significativo con mis dedos. Tamura asintió en silencio. Se abrió una puerta lateral. Velda vino hacia mí.

— Roy, intenté comunicar personalmente con el profesor Szabo... — me dijo.

— No debiste hacerlo — la reprendí —. Sabes que está prohibido. El laboratorio de Szabo es zona estrictamente confidencial. *Top Secret,* que dirían nuestros antepasados.

— Aun así, lo intenté. Después de todo, Szabo es un amigo.

— Es un científico del Gobierno, Velda. Y los científicos no tienen amigos — reí entre dientes —. Los funcionarios del Gobierno, menos aún.

Tamura soltó una breve risita también. Pero no hizo ningún comentario. Velda distaba mucho de tener ganas de bromear. Su gesto era serio, el azul de sus ojos, profundo y ensombrecido, como las aguas de un lago removido por el temporal, bajo un cielo plomizo.

— Roy, no digas esas cosas. Estoy segura de que Szabo nos escucharía.

— Pero no te escuchó.

— No. Ni siquiera se puso. Estaba trabajando en la Sección F., me informaron. Aislado totalmente del mundo exterior. Tú sabes lo que es la Sección F. Zona sin comunicación exterior.

— Alto secreto — suspiré —. Sí, lo sé muy bien, cariño. Debe estar experimentando algo serio. Tal vez lo haya conseguido, después de todo...

— Sí, tal vez... — incliné la cabeza —. En cuyo caso, aún sería más lamentable que sucediera lo que va a suceder, Velda...

Los tres nos miramos en silencio. No podíamos hacer gran cosa por evitar que las cosas ocurrieran como Oz II había previsto.

— Únicamente queda una esperanza — sugirió Velda.

— ¿Cuál? — la miré, con desaliento.

— Hablar con él. Personalmente.

— ¿Con quién?

— Con el futuro presidente. Con Zoltan Jaffe.

* * *

Zoltan Jaffe. La persona afectada, precisamente.

— Es una locura — dije, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué? —protestó Velda, erguida junto a mí, mientras el aeroban nos deslizaba por el túnel cristalino de peatones, hacia la Torre de Gobierno —. Quizá él nos escuche. Es una persona sencilla, inteligente, sensata. Es posible que nos haga caso.

—Es improbable —rechacé —. Además, estará ocupado en mil detalles. Esta misma noche dirige su alocución al mundo, transmitida por todos los videoscopios. Mañana, a primera hora, toma posesión de su cargo. Ni siquiera es probable que nos quiera o nos pueda recibir.

—Habrá alguien, alrededor suyo, que...

—Velda, olvidas algo —la corté con gravedad —. Alguien, situado muy cerca de él, será el encargado de ejecutarle, con toda seguridad.

— Eso no lo dijo Oz III — rechazó Velda, impresionada, abriendo mucho sus ojos.

— No. Lo digo yo, Velda.

— ¿En qué te basas? Es una teoría muy aventurada, muy grave...

— Siempre ha ocurrido así. Para matar a un hombre como el presidente mundial, es preciso que el ejecutor esté cerca, que nadie desconfíe de él. Posiblemente una persona de su confianza.

—¡Dios mío, si eso fuera cierto...!

— Si eso fuera cierto y revelásemos a los que le rodean el motivo de nuestra visita, posiblemente se precipitarían las cosas, o seríamos arrojados como locos, o... nos eliminarían también a nosotros.

— Entonces...

— Vamos a pedir audiencia a Jaffe, tal como tú has decidido. Pero ten en cuenta esto: no mencionaremos en absoluto la verdadera razón de la entrevista, salvo al propio Jaffe y... a solas. Cualquier otra acción sería peligrosa y contraproducente. Nada de nombrar a Oz III ni su informe del futuro. ¿Entendido, Velda?

—Sí, entendido... — se estremeció ella, repentinamente inquieta. Todo su inicial optimismo para ir a visitar al futuro rector de los destinos políticos del orbe se había diluido como por ensalmo —. Habrá que andar con pies de plomo, Roy...

— Exactamente — asentí —. Y aun así, será peligroso.

La banda móvil del túnel de peatones urbano nos depositó en uno

de los turboascensores de la Torre de Gobierno. Pulsamos el botón de la planta destinada a Oficina Presidencial. Y ascendimos, movidos por la energía invisible que nos lanzó suave pero vertiginosamente hacia el lugar donde ahora se encontraría Zoltan Jaffe preparando su toma de posesión inminente.

Lo cierto es que yo no tenía entonces la más mínima esperanza.

Y los hechos me dieron la razón en mi pesimismo.

* * *

Ulah Tagger, del Secretariado de Presidencia, nos pasó a presencia del coronel Fulton B. Bright, de Seguridad Presidencial. Y lo hizo solamente porque Velda y yo éramos miembros del Comité de Ciencia y Técnica. En otro caso, no nos hubieran hecho el menor caso.

— De todos modos, no creo que al futuro presidente Jaffe le sea posible recibirles —nos dijo Ulah, con frialdad —. Está demasiado ocupado en estas horas previas a la toma de posesión.

Velda, como mujer, quiso decirle algo. Pero yo la contuve. Era mejor no revelar nada a nadie. Ni siquiera a la rubia, corpulenta y voluptuosa nórdica que ejercía la labor de secretaria principal de la Presidencia. La escandinava era una mujer impresionante, de dimensiones y formas increíbles y generosas, de una belleza fuera de toda discusión, de un atractivo sensual casi salvaje. Pero nada más. Tras todo ese continente, era una fría funcionaria del Gobierno. Podría ser leal o no. Eso yo no lo sabía. Ni nadie salvo ella podía saberlo. Lo justo era no fiarse de nadie, fuese quien fuera.

Ulah no tuvo inconveniente en enviarnos al coronel Bright, que era ya, de por sí, una importante personalidad dentro de los directos colaboradores de cualquier presidente mundial.

Y poco después, el pelirrojo, fuerte, corpulento coronel Bright, con su uniforme de la Guardia Metropolitana, con distintivo amarillo, de la Seguridad Presidencial, nos recibía en su cámara de servicio.

— Encantado, señorita —dijo a Velda —. Lo mismo digo respecto a usted, Merman. He oído hablar de usted. Un gran cibernético. Los cerebros electrónicos de la serie «Oz» son los mejores que existieron jamás, ¿no es cierto?

— Eso dicen — asentí, distraído —. Son auténticos magos. Los nuevos Magos de Oz para el ser humano... Hay quien dice que pueden verlo e intuirlo todo.

— ¿Todo? — dudó el coronel Bright.

— Siempre se exagera en esas cosas — reí —. Pero son casi infalibles. Al menos hasta hoy, ninguno falló.

— Bien. Celebro todo eso. Pero imagino que algo le traerá aquí. Algo importante, para que solicite hablar con el futuro presidente.

— Exacto — asentí —. Muy importante.

— ¿Qué es ello, Merman? Le escucho — señaló a la puerta del fondo —. El presidente está demasiado ocupado hoy para atenderle a usted o a cualquier otra persona. Ha cancelado todas las entrevistas personales. Sin excepción.

— ¿Ninguna excepción?

—Ninguna. Ni siquiera los gobernadores de las Naciones Confederadas. Nadie.

—En ese caso..., mucho me temo que mi visita haya sido inútil — dije.

— ¿Por qué motivo? Yo soy la persona indicada, en ausencia del presidente Jaffe o del vicepresidente Bladt. Hable, Merman. Le atenderé como si fuese él mismo.

— Mucho me temo que no lo haga, coronel.

—¿Por qué duda de mí?

— No dudo de usted, señor. Dudo de mí.

— ¿De usted? — frunció el ceño, mirándome asombrado.

— De mí. Y de mis razones. Creo que no va a creer nada de cuanto le diga.

— ¿Por qué no hace la prueba, cuando menos?

—Bien... —respiré hondo. Miré a Velda. Ella asintió, como apremiándome a algo que yo no me decidía a exponer de nuevo. Tomé fuerzas, energías... y hablé — : Coronel Bright, yo... yo estoy seguro de que el presidente va a ser asesinado. Esta noche.

El coronel se quedó mirándome con inmenso estupor. Su rostro reflejó un asombro sin límites, como si no diera crédito a lo que oía. Supe, de antemano, que había fracasado de nuevo. Aun así, esperé su respuesta. Y ésta llegó:

— Yo también, Merman — confesó, sorprendentemente —. Yo también sé que eso va a ocurrir.

CAPITULO II

La tarjeta de Oz III era concreta en su mensaje cifrado, debidamente traducido por la computadora:

> «Resultado de predicción futura. Tiempo: 42-48 horas desde punto cero. Pronóstico sobre punto cero: Asesinato. Horas nocturnas propicias. Víctima: Zoltan Jaffe.»

El coronel Fulton B. Bright enarcó sus rojas cejas. Sacudió la cabeza, volviendo a leer la tarjeta plástica, con el mensaje reproducido en letras rojas, grabadas magnéticamente por el cerebro electrónico Oz III, de Computadoras del Centro Mundial.

— Es increíble — dijo.

— Pensamos lo mismo. Hicimos diversas pruebas, programamos de diferente modo todos los aspectos presentes y pasados del país y de Centrópolis. La respuesta fue idéntica en todos sus puntos.

— ¿Y el Consejo rechazó ese informe?

— De plano. No tomaron otra decisión que reforzar las precauciones en torno al presidente. Usted debe saberlo...

— Lo sabía, pero ignoraba las razones. Ellos no me las dieron, cuando dictaron las normas para rodear de mayor seguridad al futuro presidente. De todos modos, tomaré también mis medidas personales, Merman. Espero que nada suceda...

— Según la máquina... sucederá.

— Merman, lo malo de los sucesos futuros es que nadie puede evitarlos porque los desconoce. Pero cuando estamos advertidos de lo que puede ocurrir..., está en nuestra mano impedirlo.

— Es posible, coronel, pero aún así..., me siento preocupado — dije con voz grave —. Existe una segunda tarjeta de Oz III...

— ¿Una segunda tarjeta? — volvió a fruncir el ceño el coronel Bright —. ¿Qué quiere decir, Merman?

Se lo expliqué prácticamente, entregándole la segunda tarjeta. Era otro texto grabado por la computadora. El leyó aquel nuevo e inquietante informe cibernético:

«Después del asesinato de Zoltan Jaffe. Futuro a corto tiempo: Guerra total. Consecuencias: Desastres y caos mundial. Futuro a largo tiempo: Funesto momento crucial: el magnicidio. Puede cambiar el destino del mundo.

»No hay más detalles por falta de programación y claves adecuadas.

»Ampliar datos en Oz IV y Oz V.»

—Cielos, no es muy alentador esto... Si Jaffe muere..., nos espera un feo porvenir, según Oz III.

— El magnicidio es el instante-clave. De Jaffe, evidentemente, depende el futuro. Muerto él, no podemos esperar nada bueno, coronel.

—Pudiera suceder así. Jaffe es pacifista, falto de prejuicios, amplio de criterio, honesto, humano, entrañablemente unido al mundo en sus anhelos... Perderlo, sería un desastre por sí solo.

— Es preciso evitarlo.

— Haremos lo imposible por evitarlo, créame, Merman. ¿Han consultado a Oz IV y Oz V?

— Todavía no. Pensamos que lo importante era evitar el fin de Jaffe, no hacer más cábalas sobre el futuro.

—¿Qué pidieron al Consejo, exactamente?

Velda y yo nos miramos. Entraba el punto delicado del tema. Jaffe enarcó sus cejas coloradas, estudiándonos lleno de curiosidad ante nuestro mutismo.

Velda fue la primera en hablar, vacilante:

— Es difícil explicar eso, coronel...

— ¿Difícil? ¿Por qué motivo? Han venido a verme para sincerarse y para buscar que ayudemos al presidente a salir con bien de todo, ¿no es cierto?

—Sí. Y bien cierto, señor — asentí—. Pero...

—Pero... ¿qué?

— En principio, ni siquiera nos atrevíamos a exponerle a usted las causas que nos movían a esa diligencia. Luego, pensamos que había

que confiar en alguien, y usted parece la persona idónea. Cuando nos dijo que también temía el magnicidio, nos desorientó...

—Y es lo cierto. Hay cosas que me preocupan. No necesité ninguna computadora que me lo dijese. He descubierto, como jefe del Servicio de Seguridad, ciertas acciones clandestinas, la existencia de células de un matiz político-social inconcreto, cuya única intención es provocar el caos, volver a los viejos y olvidados tiempos del terror y la anarquía... Son fanáticos. Capturamos a algunos de ellos. Murieron voluntariamente. Llevaban veneno en su boca. Y lo ingerían felices, al grito de ««¡Viva la destrucción de lo instituido!». No les entiendo...

— Existieron siempre. Hubo décadas de letargo para la violencia..., pero vuelve exacerbada —suspiré—. Y hay que temerla, coronel.

— Yo la temo. No por mí, sino por el presidente, por la paz mundial, obtenida con la asociación de Estados y países en una Confederación internacional. Si esta obra se destruye... ¿qué nos esperará?

— El caos otra vez, sin duda.

— Así es, Merman. Por eso me gustaría saber qué piensa. Parece hombre de lúcidas ideas...

—No siempre las tengo. Esta vez pensé en una locura...

— ¿Qué locura?

Respiré hondo. Me atreví a confesar:

— El profesor Szabo.

— ¡Szabo! —el coronel Bright me miró, asombrado—. Pero él..., él está aislado, en una tarea de máximo secreto...

— Secreto que no es tal para usted o para mí, como altos funcionarios de la Ciencia y del Gobierno que somos.

— Claro, pero..., pero no veo la relación... entre el experimento de Szabo y...

—¿No, coronel? — sonreí significativamente —. Imagínelo fácilmente. Lo de Zoltan Jaffe no ha sucedido aún. Pero, según Oz III... sucederá.

—¿Y bien...?

— Piense, coronel. Szabo trabaja en…

— Oh, no — me miró, perplejo —. No se le habrá ocurrido la loca idea de…

— Sí, coronel — sonreí —. Se me ha ocurrido.

* * *

Oz III era la perfección absoluta en Cibernética… hasta diez años atrás.

Antes, lo habían sido Oz I y Oz II, dos obras maestras de la técnica. Ahora, todo eso palidecía ante las nuevas obras maestras del ingenio humano en máquinas computadoras: la Oz IV y la Oz V. Dos piezas geniales en su especie.

Allí estaban ambas. Ante nosotros. En la Cámara Superior del Centro Mundial.

Se utilizaban contadísimas veces. Aún no estaban perfeccionadas. Debían ser sometidas a diversas pruebas, antes de autorizarlas a funciones oficiales. Todos estábamos deseando utilizarlas alguna vez. Todos queríamos manejarlas. Eran el juguete nuevo para los niños grandes del Departamento. Pero nos estaba vedado experimentar en ellas a fondo.

Este parecía ser un caso especial. El coronel Bright había llegado a la última planta del Centro Mundial, con un permiso especial, firmado por la Presidencia. En él se nos autorizaba a labor experimental en las Computadoras Oz IV y Oz V, durante un período máximo de tres horas.

— Ya tiene su oportunidad, Merman — dijo el coronel Fulton B. Bright, señalando las dos soberbias, flamantes computadoras —. Interróguelas a ellas.

Miré al exterior. A la tarde, que caía sobre la orgullosa metrópolis, elegida capital del mundo recientemente. Quedaban tan pocas horas…

A las nueve de la noche empezaría el discurso mundial de Jaffe, a través de la televisión. Justamente cuando terminásemos nosotros el experimento con las dos computadoras.

—No sé sí resultará… —dije, moviendo la cabeza con pesimismo.

—¿No confía en su propia técnica, Merman? —se sorprendió el coronel —. Esas máquinas son su propia vida, su trabajo, su ciencia…

— Es preguntar demasiado, coronel. Es ir, quizá, demasiado lejos…

—Más lejos quería ir usted, con los experimentos del profesor Szabo. Aquello es pura teoría aún. Esto, a fin de cuentas, es realidad. Una realidad demostrada. Las máquinas son ya más prácticas que los hombres. Más completas, más superdotadas… Ahí tiene las dos piezas maestras últimamente logradas. Es tarea suya. Usted las conoce mejor que nadie. Interróguelas.

Oprimí la mano de Velda. La cámara tenía algo de irreal, de fantástica y lejana. Allá, en la cima misma del altísimo edificio del Centro Mundial, en aquella especie de globo cristalino, azul, que rozaba ya las nubes. Con una cúpula traslúcida sobre nuestras cabezas. Y en la habitación circular, las dos máquinas, sorprendentemente livianas, dotadas de aquellas grandes pantallas hemisféricas, como novísimas bolas de magia de las viejas pitonisas, abiertas a las incógnitas más fascinantes del ser humano…

—Ella me ayudará —dije—. Lo harás, ¿verdad, Velda?

— Por supuesto — asintió ella —. Tamura se ocupa de mi labor en la planta. Puedo estar a tu lado ahora, Roy.

— Hazlo, por favor. Esto puede ser muy importante para todos — miré a Bright, pensativo—. Y espero estar menos de tres horas. Necesitamos ganar tiempo. El máximo posible. Las nueve de la noche es el principio del discurso. Para entonces… podría ser demasiado tarde, coronel.

— Entiendo — su rostro era una máscara de honda preocupación. Se encaminó a la salida de la cúpula —. De todos modos, dejaré mi línea especial en comunicación directa con este pabellón. No deje de informarme al final a través del Canal Diecisiete del telecomunicador. En cuanto sepan algo, Merman.

—Sí, coronel. En cuanto sepamos algo… — me despedí mecánicamente de él, con un gesto.

Salió de la cúpula. Nos quedamos solos Velda y yo. Solos… con Oz IV y Oz V. Las más perfectas y audaces máquinas creadas por el hombre.

Íbamos a comprobar en seguida si eso era cierto.

—Velda, ocúpate de Oz IV — dije.

— Sí, Roy — asintió ella, siempre dócil a mis indicaciones, quizá ahora más que nunca —. ¿Programación?

— El futuro inmediato. Y el momento crucial, o Punto Cero de paso al futuro: el magnicidio.

— Entiendo. Los circuitos imagino que serán iguales a los de Oz III...

— Parecidos. El teclado te lo indicará. Si la programación es errónea, él rectifica por sí mismo. Yo me ocuparé del Oz V.

— ¿Qué vas a preguntarle, Roy? — se inquietó ella.

—Hay tantas cosas... — me encogí de hombros, contemplando la enigmática superficie bruñida de las computadoras gemelas, nuevos Oráculos de Delfos, flamantes Esfinges de la Técnica. Un camino al misterio, a lo que el hombre desconoce —. Me limitaré a ahondar en el futuro lejano. Como si uno pudiera abrir la televisión y conectar con cualquier momento del porvenir...

— ¿Qué veremos, Roy?

— No lo sé. Es la primera vez que voy a penetrar en el futuro, viendo ese futuro ahí, en la pantalla... —señalé la hemisfera de vidrio —. Pero hay que hacerlo, Velda. Tenemos que saber si, realmente, las cosas van a ser tan mala como tememos...

Nos separamos. Velda estaba asustada. Quizá yo también. Oz III había conseguido algo que la humanidad buscaba hacía siglos; predecir acontecimientos futuros con exactitud casi matemática.

Esto era diferente. No sólo íbamos a manipular unas computadoras aún en experimentación, sino que ambas computadoras estaban preparadas para penetrar en el futuro, pero dándole a uno imágenes de ese futuro, del mismo modo que podía recibir imágenes de remotos tiempos pasados. O de otros planetas, espacios y mundos.

Entró Velda en la cabina de la Oz IV. Yo, en la de la Oz V.

Eran cámaras pequeñas, con un asiento frente a los controles y un videoscope donde se reproducía nítidamente la imagen captada en relieve por la hemisfera cristalina.

Mover los controles y programar no era fácil. Ni siquiera para un experto como yo. Pero tenía que hacerlo. Y lo hice.

También Velda lo hizo en el suyo. Ella captó una imagen diferente del futuro. Yo, otra.

Ella me refirió después lo que vio.

Recuerdo bien su informe. Y el videotape en relieve y color que ella captó, aunque no poseía otro valor que el puramente informativo, ya que no ofrecía imágenes sino captadas en simples puntos magnéticos, que luego la electrónica convertía en imágenes. Fantásticas imágenes de un futuro que no existía aún…

* * *

Zoltan Jaffe presidía la inauguración de ciudades en órbita, para celebrar sus bodas de plata con la jefatura del Gobierno mundial.

Zoltan Jaffe era informado por los Servicios de Seguridad de la total desintegración de las células reaccionarias que deseaban el retorno a los viejos sistemas, a la partición de naciones y, en consecuencia, a las guerras.

Una paz más próspera y duradera se presentaba para todo el planeta. Los centros de investigación médica anunciaban el triunfo de la Medicina y la Cirugía sobre las últimas enfermedades, incluidas las de tipo degenerativo.

La Ciencia y la Técnica, al servicio del hombre, se movían hacia nuevos logros más brillantes y gloriosos. Las jornadas laborales se reducían, aumentaban las bibliotecas particulares filmadas, el descanso y el placer de disfrutar de la Naturaleza en amplios cotos ajardinados, sin tráfico ni riesgos, iban siendo más frecuentes en las familias, con lo que el índice de *surmenage*, fatiga y dolencias nerviosas, decrecía vertiginosamente en todos los puntos del globo.

Las diferencias sociales y económicas, las clases y las segregaciones de cualquier tipo se eclipsaban, tendiendo cada vez en más alto grado a una convivencia humana perfecta, dentro de un nivel espiritual, cultural, educativo y laboral de una armonía imposible de imaginar o prever sólo un siglo o dos antes.

Sólo eso se podía ver por doquier, en esplendorosas panorámicas

de grandes urbes, zonas vegetales cuidadas por los Cuerpos Forestales del Gobierno Central, regulación de la vida en el mar y en la campiña, con lo que se evitaba la extinción de especies, la razonable y correcta alimentación del orbe, sin zonas depauperadas ni miserables. Sin hambre, sin epidemias, erradicadas las fundamentales dolencias de las antiguas regiones subdesarrolladas, para hacer del mundo un lugar grato, tranquilo, laborioso, donde Tecnología, Ciencia, cultura y deporte, trabajo y asueto, habían alcanzado el equilibrio casi perfecto que el ser humano necesitó durante siglos.

No era un mundo del holganza ni un mundo de esclavos. No era una humanidad mecanizada ni un pueblo en el atraso. Era, justamente, el grado ideal de armonía. El Hombre había encontrado su *Shangri-Lah*, su Utopía, el ambiente ideal para vivir feliz, trabajar, desarrollarse, y sentirse miembro de una sociedad, sin sentirse número; sentirse mecanismo maravilloso de la existencia total, sin sentirse engranaje mecánico.

El sueño del hombre, prácticamente, estaba alcanzado.

Por fin, el mundo era feliz. Totalmente feliz.

Y toda esa obra gigantesca, silenciosa, pausada, serena y generosa, tenía un creador, tenía un nombre:

El presidente Zoltan Jaffe. El hombre que iba cumplir pronto sus bodas de diamante con la Presidencia Mundial. Setenta y cinco años al servicio del ser humano y su comunidad. Sus ciento veintitantos años de edad no eran un problema para el gobernante. La vida humana había crecido lo suficiente como para que el hombre prolongase su ciclo vital casi en el doble de lo normal doscientos años atrás.

Y aquel hombre venerable, enjuto, de blanca y larga melena, de claros y luminosos ojos llenos de vitalidad y fe, era el artífice del milagro del mundo.

Zoltan Jaffe. Solamente él, con sus ideas e impulsos, aceptados entusiásticamente por el hombre, a lo largo de tres generaciones.

Zoltan Jaffe, el hombre que hizo posible una utopía inalcanzable.

Zoltan Jaffe…

Sin él…, ¿qué hubiera sido de aquel mismo mundo, de aquella misma gente, de esa misma sociedad?

* * *

Zoltan Jaffe…

¿Qué habría sido del mundo sin él?

Oz IV no tenía la respuesta. Velda tampoco se la había pedido.

La mía, sí. Oz V iba a darme, justamente, la imagen programada por mí; la respuesta a una sola pregunta angustiosa:

> «¿Qué sucederá, si Zoltan Jaffe es asesinado en su toma de posesión como presidente mundial?»

Velda no podía programar la pregunta. Se debía tratar delicadamente en principio cada computadora de la serie Oz. Estaban en período de pruebas. Una utilización racional y prudente de cada una de aquellas maravillas de la Cibernética moderna, darían luego el ritmo perfecto a la computadora.

Yo sí manipulé la compleja maquinaria, esperando su trabajo, su escudriñamiento del futuro, cual mecánica pitonisa prodigiosa. Como un auténtico mago hecho de circuitos electrónicos y grabaciones magnéticas.

Y Oz V contestó.

CAPITULO III

El viento silbó ululante sobre las dunas grises y las rocas negras.

La tempestad estaba al llegar. Los animales lo sabían. Por eso iniciaron el regreso apresurado a sus madrigueras.

Las formas oscuras y opacas se movieron, reptando entre los peñascos y la arenisca color plomo. Encima de ellas, el cielo era como una turbonada negra, violenta. Nubarrones espesos giraban con violencia, entre centelleos flamígeros, lívidos, perdidos casi en la densidad del palio nuboso.

El viento aumentó su fuerza y velocidad. Produjo remolinos ingentes acá y allá.

Los reptiles extraños, escamosos y negros, se deslizaron bajo las piedras. Los insectos hurgaron la arena, mezclándose con ella, o se perdieron en agujeros insondables, buscando refugiarse del furioso ataque de los elementos.

Otras especies de silenciosas alimañas se dispersaron, cuando todo se envolvió en un espeso velo gris negruzco, al convertirse el viento en huracán desatado, y levantar oleadas formidables de polvo negro.

En un instante, el paisaje desolado cambió. Una imagen de apocalipsis se extendió por el llano sin fin, salpicado de dunas, de peñascos y de basálticas paredes del color del propio carbón.

Del cielo cayeron miríadas de diminutas chispas de luz cobriza, que arrancaban de cada piedra un feroz chisporroteo violento. El aire todo era pura electricidad ahora, y como miles de millones de aquellas chispas, formaban una seca lluvia ardiente, que hacía restallar en tierra oleadas de chispazos, mientras el cielo bramaba, en rugidos largos apocalípticos, como pudieron ser los bramidos de ingentes dinosaurios, en el remotísimo pasado.

Duró el fenómeno eléctrico cosa de varias horas, no menos de seis o siete. Tan bruscamente como comenzara cesó la manifestación eléctrica. Se hizo el silencio, y el ciclón amainó, volviendo a ser un viento huracanado, violento, que movía las arenas, desplazándolas y cambiando la estructura del paisaje, aunque no su cariz desolador y muerto.

Luego, comenzaron los terremotos. Suaves al principio como una

trepidación, Violentos luego, en paulatino crecimiento, hasta desgajar peñascos ciclópeos y abrir las dunas con abismos por los que la arena se precipitaba al fondo de la tierra, volteando miríadas de insectos aterrorizados e indefensos. Eran como secas cataratas que se precipitaran al mismo infierno.

Un infierno extrañamente oscuro, silencioso y sin fuego. El helado infierno de la muerte total en un planeta...

Cesaron los terremotos a las dos o tres horas. Donde antes había dunas, ahora se elevaban muros de basalto inmensos, o se abrían desfiladeros impenetrables, de negrura infinita. Donde antes hubo rocas y hubo desierto, ahora había solamente grietas, polvo, montículos enormes de ceniza y de lava petrificada, en formas angustiosas, extrañas, rígidas a veces...

Habían emergido. Otra vez. Como sucedía tantas veces.

Los grandes y prolongados terremotos, siempre hacían emerger a la superficie las viejas ruinas.

Las ruinas...

Ruinas envueltas en lava endurecida. Nuevas Pompeyas, modernísimas Sodoma y Gomorra. Un mundo bañado en piedra fundida. Un mundo petrificado, bajo la capa insondable de las lavas volcánicas de otros tiempos en los que, cuando menos, hubo fuego en aquel mundo caótico y sin vida, donde sólo las alimañas, ciertos insectos y ciertos reptiles, ya en pleno período decadente, agonizaban su lenta existencia final, hasta el silencio y la quietud absolutas.

Las ciudades. Estaban allí.

Las ciudades...

Orgullo de otro tiempo. Edificios, calles, jardines. Todo envuelto en la capa pétrea. Todo sepultado durante siglos. De vez en vez emergían. Para volver a hundirse en sus simas, después de algún otro terrorífico movimiento geológico.

Las ciudades silenciosas. Muertas. Envueltas en el eterno sudario de lava. Viviendas, vehículos, vegetación, senderos... gentes.

Gentes también. De vez en cuando, un cuerpo perfectamente siluetado, como la obra de un escultor demente. Cuerpo, piernas, brazos, manos crispadas, una cabeza redonda, ovoide, pétrea...

Hombres y mujeres, niños y ancianos. Todos envueltos en la

ardiente lava, que luego se enfrió y se hizo piedra.

Aún se les podía ver, acá y allá. Era todo lo que quedaba de ellos. Todo lo que quedaba de la vida humana.

El viento cesó paulatinamente. Se hizo la quietud total. Las arenas grises se posaron suavemente. Las piedras plomizas y los peñascos negros se irguieron silenciosos, como monolitos a la ceguera y la estupidez del hombre, entre ciudades bañadas en lava fría.

La noche, la eterna noche de la Tierra, se hizo silencio, calma, quietud.

Como era siempre. Como seguiría siendo por los siglos de los siglos, hasta el fin del Tiempo.

* * *

Sudoroso, me aparté de la horrible, dantesca visión.

Enjugué la transpiración de mi piel. Muy pálido, salí de la cámara de Oz V. Me encontré con Velda.

— Roy... ¿Qué te ocurre?

—Nada. Nada... —musité, con un jadeo.

Ella señaló a la pantalla hemisférica.

— Mostraba líneas y puntos de luz, pero ninguna imagen. ¿Te la ofreció a ti en el videoscopio?

— Sí — murmuré —. Me la ofreció, Velda. Una imagen horrenda...

— Oz IV ha sido muy diferente, Roy. Todo hermoso, apacible, optimista... —me observó, con preocupación —. Roy, ¿qué..., qué has visto?

— Ahora te lo contaré, Velda — me estremecí —. Es todo demasiado atroz para imaginarlo. No se puede suponer que todo esto termine... termine...

— ¿Cómo, Roy?

— Así — alcé el videotape extraído del grabador magnético de Oz

V —. Tamura y tú vais a verlo. También el coronel, sí lo desea. Pero me temo que no sirva de nada.

—¿Por qué no, Roy? —Es una prueba...

—¡Una prueba! —repetí, desdeñoso. Sacudí la cabeza, negativamente —. No, Velda. No es una prueba para nadie. Es una máquina en período de pruebas. No sé acepta oficialmente su información. Además, existen Máquinas de imaginación, tú lo sabes. Inventan escenas, las pides a la máquina, y ella las crea caprichosamente, a tu entero gusto. Son pura ficción. Ellos dirían que hemos estado jugando a las escenas de imaginación.

— ¡No pueden ser tan obstinados, tan ciegos!

— El Gran Consejo tomó una decisión equivocada, y no va a ser fácil obligarles a que admitan su error. Sólo entenderán cuando sea tarde. Cuando Zoltan Jaffe haya muerto... y esto —agité la cajita diminuta del videotape en micro-cinta —, esto, Velda, esté ya en marcha inexorablemente, hacia su cumplimiento exacto.

— ¿No cabe algún error de la máquina, Roy? Tú mismo lo has dicho. Oz IV y Oz V están en período de pruebas...

— Naturalmente que cabe el error — resoplé —. Como técnico, lo admito. Pero mi corazón me dice que no hay error. Lo que la fría razón acepta como dudoso, mi instinto me avisa de que es indiscutiblemente cierto.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora, Roy?

— No lo sé, Velda. No lo sé...

* * *

Tamura permaneció silencioso. Velda, también. El joven japonés no revelaba nada en su hermética faz oriental. Velda estaba pálida, impresionada.

El videoscopio terminó su proyección en el visor electromagnético. Lo retiré, guardando conmigo aquel apocalipsis grabado en el Tiempo. Esperé algún comentario suyo.

El coronel Fulton B. Bright lanzó un resoplido, viniendo hacia nosotros, desde el fondo de la oscura sala. Fue el primero en hablar.

— Es horrible — dijo —. Pero incierto, Merman. Los Servicios de Inteligencia dirán que resulta demasiado... imaginativo.

— Es lo mismo que me temía. Personalmente, coronel, ¿qué opina usted?

Me miró pensativo. Se frotó el mentón.

—Personalmente, siento miedo —suspiró—. Pero, ¿cree que puedo hacer algo? Si muestro eso al presidente, me mandará al diablo y me dirá que deje de jugar a las Máquinas de la Imaginación, mientras tenga los ánimos tan pesimistas. El Gran Consejo se burlará de eso, y hasta puede acusarnos de derrotistas y alarmistas. Por otro lado, Merman..., no hay tiempo material.

Consultamos nuestros relojes. Las ocho y veinte minutos. No, no había tiempo.

— Debo irme ya — dijo Bright —. El presidente estará en imagen a las nueve en punto. Si me demoro, llegaría tarde.

— Apresúrese — rogué —. Necesita estar cerca de él, para protegerle.

—Ya lo sé. También estarán Ulah Tagger, la secretaria. Y Alex Bladt, el vicepresidente. Ambos irán armados, para proteger personalmente su vida. Ha sido decisión del Departamento de Seguridad.

— Aun así, puede suceder, coronel.

—¡Maldita sea, ya lo sé! —frunció el ceño, mientras estrechaba mi mano —. Espero que las máquinas se equivoquen alguna vez. Y ésta sea una de ellas, Merman. Vamos a poner todos los medios humanamente posibles. No existen otros, créame,

— Le creo, coronel. Solamente nosotros podríamos intentar algo más...

— ¿Ustedes? ¿Cómo? Son técnicos, no militares ni policías. Son gente de estudio, no gente de acción. Dejen esa tarea a nosotros, Merman, y sienta su conciencia aliviada. Ha hecho ya cuanto pudo, y más.

— No, no lo hice todo — manifesté roncamente.

— ¿Qué más podía hacer?

— Estaba... Estaba el invento de Szabo...

—Szabo... ¿De qué le serviría eso? Ni siquiera tiene nada logrado aún... Además, ¿cuál es su idea respecto a eso, Merman?

— No, nada. Olvídelo — sonreí extrañamente —. Era una locura, casi un imposible...

El coronel Bright se ausentó. Vimos pasar frente al Centro Mundial su monoplaza vertiginoso, lanzado de regreso a la Torre de Gobierno, sobre la ciudad esplendorosa. Centrópolis se vestía con sus mejores galas para acoger al nuevo presidente. Al hombre en el que todos confiábamos.

El hombre cuya vida estaba en peligro...

Hubo un silencio. Tamura tomaba notas en su bloc magnético, abstraídamente. Velda me oprimió una mano con fuerza. Tenía sus dedos helados. Alcé la cabeza. Se encontraron las miradas suya y mía. La oprimí contra mí, cálidamente. Su cuerpo esbelto tiritaba levemente:

— Tengo frío, Roy — musitó.

— Creo que también yo —respondí.

Ambos sabíamos que no era frío. Era algo peor. Miedo, inquietud, tensión, angustia. E impotencia también.

Impotencia frente a lo inexorable; el destino de los seres.

Impotencia frente al destino de todos nosotros.

Eran las nueve menos veinticinco minutos cuando se me ocurrió la idea.

Veinticinco minutos antes de que, en todas las grandes pantallas murales de televisión oficial, apareciese la imagen de Zoltan Jaffe, para hablarnos de su futuro, de sus proyectos, de sus sueños más queridos respecto a la sociedad humana que iba a regir, por aclamación unánime de todos los países y naciones asociadas del mundo.

— ¿Cómo no se me ocurrió antes? — musité, dándome un palmetazo en la frente.

Tamura alzó sus ojos almendrados de su tarea. Velda me miró con asombro.

— ¿A qué te refieres? — indagó el japonés.

— Tenemos dos videoscopios. Velda, el de Oz IV. Yo, el de Oz V. Y tenemos a nuestro viejo y entrañable camarada, Oz III.

— ¿Y qué esperas lograr con todo eso? — dudó Velda.

— Dame tu videoscopio. Lo uniré al mío. Será la información que recibirá Oz III.

— ¿Información? — Tamura dejó de hacer, cálculos en su tabla magnética, y vino hacia nosotros, dominado por una profunda curiosidad, impropia de su raza—. ¿Para qué?

— Para programar una respuesta, naturalmente.

— ¿Qué respuesta, Roy? — quiso saber Velda.

— Pronto lo sabréis —fui a Oz III. Apliqué a su ranura de Información Programada, ambas cajas de micro-cinta con video. Ajusté los controles. Le di una serie de datos más, escribiéndolos con celeridad en las teclas, y traduciéndolos luego a la clave correspondiente. Oz III se «tragó» todo eso, zumbando apaciblemente, como un buen *gourmet* que va a iniciar su festín.

Luego hice accionar los circuitos todos de la computadora. Esta, entre una trepidación activa y un cambio constante en sus tableros luminosos, empezó a emitir cálculos y cifras en sus diversas pantallas computadoras.

Consulté mi reloj. Las nueve menos veinte minutos. Menos dieciocho. Diecisiete...

—Ya está —dije, roncamente, cuando la máquina cesó de funcionar, y saltó una tarjeta plástica, con unas letras impresas nítidamente en su blanco centro.

Era la respuesta esperada.

Velda y Tamura se aproximaron a mí, vivamente interesados. Tomé la tarjeta impresa. Me sentí desolado.

Aquello no tenía sentido.

Solamente tres letras. Y cuatro cifras. Pero no tenía el menor sentido. Era un puro disparate.

— ¿Qué es lo que dice ahí? — indagó Tamura.

Le tendí la tarjeta, con desaliento. Miré irritado a Oz III. Por vez primera, me sentí furioso y molesto contra nuestra computadora favorita.

— Es una tontería — dije roncamente.

Velda tomó la tarjeta. Leyó aquel agrupamiento de letras y cifras en dos líneas superpuestas. Sacudió su rubia cabecita con desolación.

— Esto no aclara nada, Roy — dijo ella —. ¿Qué pregunta hiciste, exactamente?

Suspiré, inclinándome sobre la computadora. Extraje una cinta perforada. La tendí a ambos.

— Esta — dije —. Una sola y simple pregunta.

Ellos la tradujeron sobre la marcha, leyendo las perforaciones sin dificultad:

> «¿Qué o quién puede impedir la muerte de Zoltan Jaffe y, con ello, el informe de Oz V? ¿Cuál es el momento crucial y la única forma posible de evitar el desastre?
>
> Respuesta solicitada: Medio y momento de evitarlo.»

—Respuesta dada... —dije con amargura—. Esta.

Y golpeé la tarjeta con sus dos líneas inexplicables:

HEX

2300

* * *

Tamura hizo la pregunta en otros términos. Programó de nuevo la máquina.

La respuesta no se hizo esperar. Esta vez, Oz III tuvo menos trabajo. Se limitó a repetir sus dos líneas de antes.

— «HEX, 2300» — recitó Velda, decepcionada —. Tal vez sufre una avería, Roy.

— No. El funcionamiento es correcto — rechazó Tamura —. La

interpretación de claves y de programación, exacta. He revisado los circuitos y el control de programación. No hay fallos mecánicos.

— Entonces, hay un fallo en la solución — dije.

— ¿Quién nos asegura eso? — rechazó Tamura —. Tenemos tres letras. Pueden ser iniciales, un nombre, una clave cualquiera...

—Una clave... No hay tiempo para andar con traducción de claves — musité —. Son las nueve menos diez minutos, exactamente.

En sus rostros había una angustia que imaginé sería aproximadamente igual en mi propia faz. Contemplamos, perplejos, el texto breve e incongruente.

Tamura estaba haciendo de nuevo sus cálculos, ahora sobre posibles claves e interpretaciones del mensaje. No tenía gran fe en sus resultados. Ni yo tampoco.

— Obviamente, las cifras pueden significar una época — dijo Velda —. 2300, Año dos mil trescientos, por ejemplo.

— Sí. Dentro de doscientos años y pico — dije, sarcástico —. ¿Para qué querríamos entonces salvar a nadie? Para esa fecha, según la computadora Oz V, no quedará nada ni nadie en la Tierra. Y Zoltan Jaffe llevaría muerto casi cien años, aun viviendo lo que Oz IV sugirió. No, no tiene sentido.

— Hex es una voz sajona poco utilizada, que yo recuerde — habló Tamura—. Viene a significar «hechizo» o «embrujo». Pero en este caso, no entiendo bien lo que puede significar. Ya no hay hechicerías ni brujas. Y supongo que en el 2300 aún lo habrá en menos grado, si no queda nadie vivo en la Tierra...

— De todos modos, algo podemos hacer — sugirió Velda —. Preguntar de nuevo a Oz III.

- Preguntarle, ¿qué? —dije—. Dará la misma respuesta otra vez...

— Espera — rogó Velda.

Se situó ante los controles. Programó con celeridad, moviendo nerviosamente sus dedos en el teclado de las claves de programación. Su pregunta quedó pronto reflejada en la pantalla verde, luminiscente:

«¿Qué significa la respuesta?

»¿Qué es "HEX"? ¿Qué es 2300?

» Pregunta solicitada:

» Naturaleza y significado de letras y cifras.»

Hizo funcionar a Oz III. Yo esperaba poco de todo aquello, pero la máquina debería de dar una respuesta, la que fuese, si no estaba realmente averiada y divagaba como un loco. Velda había enfocado serenamente la cuestión. No pedía otras respuestas. Pedía, simplemente, la concreción de la respuesta dada.

Y la concreción llegó en una nueva tarjeta plástica de la computadora. El mensaje se descifraba con simplicidad:

«HEX: Nombre de persona.

»2300: Año de la era cristiana.»

Sólo eso. Era suficiente. Mucho más de lo que habíamos esperado.

Seguía sin tener sentido. Seguía sin tener valor práctico para nada. Pero la computadora insistía en algo carente por completo de lógica y de razón: la clave para salvar a Zoltan Jaffe y al mundo, el medio y el momento de evitar lo irremediable, estaba allí. ¡Y ese medio de salvar a un hombre que iba a ser asesinado unos minutos más tarde..., estaba en el futuro, a más de doscientos años de distancia de nosotros!

El hombre que tenía que salvar a Jaffe, según la computadora Oz III..., *¡aún no había nacido!*

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

HEX, 2300

Hex tenía a veces extraños sueños.

No le gustaba soñar. Pero especialmente, no le gustaba soñar aquello…

Se incorporó. Tocó sus sienes con los dedos poderosos, suaves y demoledores a la misma vez. Miró alrededor.

Esto ya no era un sueño. Era la realidad, La grata realidad de su vida en aquel siglo XXIV que comenzaba ahora, solamente unas fechas atrás.

Ambiente apacible, música melodiosa por doquier, luz y calor, vegetación frondosa, edificios luminosos y limpios, ciudades flotantes sobre sus soportes magnéticos invisibles, en un mundo que era un vergel…

Una hermosa realidad, ciertamente. Los sueños eran solamente eso; jugarretas de la mente. Pesadillas, las más de las veces.

Sólo aquella pesadilla se repetía, insistente. A veces parecía tan real, que Hex despertaba sin saber si era en ese momento cuando empezaba a soñar, saliendo de una realidad escalofriante y terrible.

Hex sonrió. Sacudió la cabeza.

—No. No es nada. Solamente un sueño…, y ha terminado ya. Esta es la realidad. La única realidad posible.

Pasó con unos andares lentos y reposados, por entre el mobiliario casi etéreo, confortable y sutil, de una estancia a otra, en la vivienda de bloques esféricos vitrificados. Los jardines artificiales crecían por doquier, en torno suyo. Las fuentes rumoreaban, suaves, extendiendo su agua de colores, su luz y su música oculta, ambiental.

La arrogante figura de Hex, auténtica estampa mitológica desde el cabello rubio y largo, que golpeaba su cuello y hombros, hasta las piernas y brazos musculosos, pasando por el fuerte tórax de titán redivivo, se mostraba en toda su fuerza vital asombrosa, dentro del ajustado atavió plástico.

Hex era fuerte y hermoso. Hex era, también, noble y generoso. Mucha gente era como Hex en el mundo. Aunque quizá no todos fuesen tan hermosos. Al menos a juicio de Zinda, naturalmente...

—Zinda... —sonrió Hex, al pensar en ella—. Debo reunirme con Zinda en breve. Le prometí hacerlo hoy.

Tomó fruta líquida de un suministrador automático del muro. Salió al jardín flotante, y tomó su monoplaza iónica. Un fulgor, un destello apenas en el azul cálido y estrellado de la tarde, sobre el panorama grandioso de los millares de satélites habitados, las plataformas espaciales y las estaciones cósmicas, que eran grandes chorros de luz, cuerpos luminosos esplendentes, flotando en torno a la Tierra. Un fulgor de iones proyectados, y Hex se encontró en la floresta, entre columnas de vidrio de color rosado.

— Hex...

— Estoy aquí, Zinda — sonrió él —. Puntual como te prometí...

Zinda y Hex se aproximaron mutuamente. Se encontraron. Se enlazaron sus brazos. Músculos y tendones firmes en Hex; piel suave y rosada en Zinda, la bella muchacha del vestido de plata y los cabellos negro azulado. Ojos verdes, profundos, en Hex, que miraban con amor y vigorosa fuerza; ojos rasgados, ambarinos, en Zinda, que poseían la dulzura de la miel y el burbujeo malicioso del champaña.

Cuerpo de atleta de Hex, todo musculatura, fibras y poder físico. Cuerpo esbelto, sinuoso, turgente y mórbido, en la hermosa muchacha de los ojos ambarinos, el cabello de azabache y la piel de alabastro, con la nota roja, pulposa, de sus labios cálidos.

Al separarse, chispeaban los ojos de ella, apasionados. Los de él, con vitalidad inaudita.

— Te amo, Hex — musitó Zinda tiernamente.

— Te adoro, Zinda — sonrió él, con su faz de mitológico Apolo. O más bien con la viril apostura de Ulises o Sigfrido.

— Seremos la más feliz pareja del mundo, Hex.

— Hay muchas parejas felices, Zinda. Hoy día, todo el mundo es feliz.

— Nosotros aún lo seremos más, estoy segura — sonrió ella.

—Mujer de indomable fe... —Hex soltó una breve carcajada —.

Está bien, será como tú dices. Más felices que nadie. Dentro de pocas semanas tendremos la respuesta. Cuando seamos marido y mujer…

— Cada día me parece una eternidad, Hex.

— Nos hubiéramos casado antes. Pero debemos dejar que transcurran estas semanas dedicadas al recuerdo del hombre más grande que conoció la historia del mundo en los últimos tiempos. Del gran benefactor del Hombre…

— Cierto, Hex. Debemos esperar. Otros esperan. Es el pequeño sacrificio de cada uno, como tributo de recuerdo a él. Seguro que lo merece. Mereció mucho de cada uno. Y el mundo sigue acordándose de él, Hex. Tuviste un gran antepasado.

— Es cierto, Zinda. Un gran hombre en la familia. Espero ser algún día, cuando menos, sólo una pequeña parte de él, en humanidad, comprensión, inteligencia y fe.

— Lo serás, estoy segura. Hex será un gran rector del pueblo humano.

— Todavía no lo soy, recuérdalo. Mi tío Ozar gobierna al mundo. Y lo hace bien.

— Ozar es ya viejo, Hex. Está cansado…

— El lo sabe. Quiere terminar este año su mandato, como prometió. Luego llegará el momento de saber si el pueblo del mundo, todos los pueblos de este planeta, quieren a Hex como sucesor suyo en el Gran Gobierno.

— Te aclamarán por unanimidad. Nadie es más fuerte ni más inteligente que Hex. Nadie llegó más lejos en estudios, cultura, preparación sociopolítica, dominio mental, control de sí mismo, poder físico…

—Olvídate del poder físico —rió Hex—. No sirve para gobernar. Hace falta cerebro, no músculos. Hacen falta gobernantes, no gladiadores.

— Todo puede hacer falta, en determinado momento, Hex — sonrió dulcemente ella —. Tal vez un día, los destinos del mundo dependan también de la fuerza de tu brazo, del poder de tus músculos, en un momento supremo…

— Extraña premonición — Hex sacudió su rubia cabeza de dios pagano, con un gesto divertido —. La violencia está desterrada del

mundo. Definitivamente, Zinda. No creo que yo deba desenterrarla jamás. Mis profesores pensaron que mi cuerpo precisaba ejercicios físicos para practicar deporte, y me entusiasmó el deporte, porque por él puede llegar la salud mental de los pueblos, pero eso es todo. Nunca he golpeado a nadie, ni nadie me golpeó a mí. No sé de persona alguna que utilice la razón de la fuerza para nada. Sería estúpido, peligroso y anticuado.

—Aun así, Hex, nunca se sabe lo que el destino nos reserva —sentenció Zinda, pensativa, con su mirada relampagueante perdida en el cielo esplendoroso.

— Hablas como los que penetran en el porvenir.

—No soy adivina, Hex. Para eso estén las computadoras y todo ello. Me limito a decirte algo que pudiera suceder un día. Eres fuerte, física y mentalmente. Fuerte de espíritu y de cerebro. También de cuerpo. Es importante eso, Hex. Muy importante.

—Y te amo, Zinda.

— Eso es más importante aún… — sonrió ella.

Volvieron a unir sus labios en un largo beso de limpio amor mutuo. Al separarse, Hex se mostró presuroso.

— Vamos ya, Zinda. Debemos asistir a la ceremonia inaugural del gran monumento al benefactor, en la Plaza Espiral…

— Sí, Hex. Vamos allá…

Salieron en una nave biplaza de Zinda. Centellearon los iones al proyectar la nave a supervelocidad. Un instante después, se posaba en los grandes aparcamientos de la Plaza Espiral. Buscaron sitio entre la multitud, saludados afectuosamente por muchas personas amigas que admiraban a Hex, el deportista más brillante de su época, y el futuro gobernante de la Tierra.

En el centro de los niveles en espiral que formaban la plaza, se alzaba el gran monolito cubierto, una impresionante columna de cientos de pies de altura, con su estatua aún tapada, en la cima.

La luz de los proyectores caía sobre aquella cima aún sin revelar. Sonaron himnos triunfales. Fuerzas uniformadas del ejército mundial que sólo servía para guardar la paz eterna del mundo actual, empezaron su desfile por las amplias bandas en espiral, a diversos niveles.

Luego, las autoridades, presididas por Ozar, el presidente mundial, tío de Hex, y descendiente del hombre a quien se rendía tributo aquel día de enero del año 2300, se encaminaron en unas naves livianas, flotantes, hasta la cima de la colosal columna.

— Yo, Ozar, en nombre del mundo, descubro la efigie al benefactor de la Humanidad que hizo posible, con su sabiduría y fe, la existencia de una sociedad perfecta, movida dentro del orden, la ley y la paz — dijo con sencillez el tío de Hex —. Todos te recordaremos siempre. Ahora, y en futuras generaciones. Es nuestro homenaje al hombre que creó nuestro mundo feliz…

Fue descubierta la estatua. Sonaron aplausos, vítores, música triunfal…

La efigie en piedra traída de otros planetas, púrpura y azul a vetas, era la de un hombre de venerable cabello blanco, rostro enjuto, ojos nobles, abiertos y elevados hacia el cielo, extendiendo sus brazos en amorosa solicitud de abrazo total hacia los hombres.

Hubiera, sido fácilmente reconocible aquel rostro, en cualquier época posterior al año 2099, sin duda alguna.

Aquélla era la efigie de Zoltan Jaffe.

CAPITULO II

De nuevo en el 2099

— Créanme, no puedo hacer nada por ustedes. Ni por Jaffe, desde luego.

— Profesor Szabo, tiene que hacerlo.

Me miró, como si yo estuviese loco. Sacudió su calva cabeza, con énfasis.

— No, Merman — replicó —. Es imposible.

— Profesor, es la única posibilidad.

— Es una idea demente, absurda. Sus computadoras se equivocaron, Merman.

— Estoy seguro de que no es así, profesor — musité.

— Aunque así fuese. ¿Qué podría usted hacer con... con *eso*? — y señaló, con ademán despectivo, hacia la cámara en sombras que tenía tras de sí.

— Al menos..., intentarlo —susurré.

— No, no. Es un disparate. Nunca lo lograría. Y ni siquiera tengo seguridad en nada. Es sólo experimental, una idea sin desarrollar del todo... Han arriesgado mucho al venir aquí e introducirse en zona prohibida por la ley. Pero es un esfuerzo inútil. No sirve de nada.

— Profesor Szabo, faltan justamente doce minutos para la hora de la alocución — dije, con energía —. Por fortuna, se aplazó media hora esa alocución, por causas técnicas. Una avería en los canales públicos de televisión hicieron demorar esa alocución presidencial durante treinta minutos.

—Avería a la que no serán ajenos ustedes tres, seguramente — sonrió Szabo, malicioso, mirándonos con sus astutos ojo, pequeños y penetrantes.

— Eso es simple suposición suya — objeté, pero sonriendo también significativamente —. Hemos ganado media hora. Y estamos perdiendo hasta el último minuto aquí.

— Debió pensarlo antes. Lo tenía perdido de antemano, Merman,

No se puede jugar con estas cosas.

— ¡Salvar la vida de Jaffe no es un juego, profesor!

— Pero pretender utilizar mis trabajos para ello, sí lo es —me acusó gravemente el sabio investigador—. Merman, usted no es un chiquillo ni un irresponsable. Tiene un cargo de importancia en el Centro Mundial, es un gran cibernético, lo mismo que su compañera Velda y su colaborador, Tamura. ¿Qué pretende? ¿Echar todo eso a rodar ahora, por un empeño absurdo?

— No es absurdo. Y si lo echo todo a rodar, no importa. Hay que intentarlo todo. Absolutamente todo. Y usted es el único medio.

—Yo... — Szabo meneó la cabeza tristemente—. ¡Qué más quisiera, Merman! De verdad me gustaría ayudarles, pero no puedo. No hay nada seguro aún. Nada resuelto. Todo está en embrión. Estoy experimentando, he tenido ya tres fracasos sucesivos... Nunca experimenté con seres humanos, naturalmente. Sería... Sería monstruoso. Un fracaso significaría... Oh, es demasiado horrible imaginarlo, entiéndalo.

—¿Y si yo estuviera dispuesto a afrontar el riesgo?

— No, Roy, tú no... — musitó Velda a mi lado.

— Claro que no — apoyó Tamura —. Eres el más necesario. Profesor Szabo, yo podría intentarlo...

— Estén todos locos — nos miró con asombro —. Rematadamente locos. Mi respuesta es ¡no!

— Se agota el tiempo — murmuré, tenso, mirando el reloj—. Profesor, por Dios, ¡No hay otra alternativa!

— ¿Se da cuenta de lo que pide, Roy? Sólo tienen un nombre de tres letras, un momento en la historia del mundo..., el 2300. ¿Qué más? Aun saliendo bien en principio, ¿lograría algo? Seguramente no, amigo mío... Quizá ni siquiera los datos sean correctos.

— Profesor, se lo ruego. Es mi vida la que se arriesga en esto. Un experimento más. Sólo eso. Su primer experimento humano...

— ¡No, Roy! — gritó ahogadamente Velda, aferrándome con ambas manos, enérgica.

— Por favor, escuchadme todos — hablé —. No queda tiempo. Sólo nueve minutos. Es suficiente, si la teoría es cierta. Para mí, puede

significar días, meses o años. Aquí, serán minutos. Puedo ir..., y volver. Quizá eso quiso decir la computadora. Yo así lo interpreté de súbito, profesor Szabo. Usted conoce ahora la historia completa..., y SABE que tengo razón. Ha llegado a las mismas conclusiones que yo, lo leo claramente en sus ojos...

—Es verdad —admitió el sabio, inclinando la cabeza.

—Profesor... —le tomé por los hombros, con manos temblorosas. Observé que también él temblaba —. Profesor..., ¿admite que cree en mi teoría, que piensa como yo?

— Sí, Roy, lo admito — me miró de repente, con fijeza —. Pero también debo admitir algo más. Algo que usted no sabe. Escuche, muchacho; es cierto que he logrado lo qué hasta ahora fue solamente sueño de escritores, humoristas, científicos, soñadores... Lo que hace siglos imaginaran gente como H. G. Wells, Mark Twain, Henry James... Casi lo tengo logrado. Casi, Merman. No del todo. He fracasado en recuperar los objetos enviados. Una y otra vez. Ahora... Ahora creo tenerlo. Lo creo, solamente. No he experimentado aún con ningún otro objeto. No iba a hacerlo con... con un hombre. Con usted. Merman..., no. No puedo.

— ¡Tiene que hacerlo! ¡Es el experimento decisivo, profesor!

— Es una locura. ¿Se da cuenta? Yo... Yo podría introducirle ahora ahí dentro... —señaló la cámara oscura—. En ese lugar, Merman... Yo podría darle un disco controlador. Yo podría fijar una fecha en el Tiempo... ¡Y proyectarle a usted en ella!

—Sí, profesor...

—Pero, ¿y si vuelvo a fracasar y usted..., usted nunca regresa del año 2300?

Le miré fija, fríamente.

— Aun así, profesor — dije —. Estoy decidido.

* * *

El Tiempo...

Círculos concéntricos. Ni principio ni fin. Otra dimensión. Otro espacio.

El Tiempo…

Pasado, presente, futuro… Todo está ocurriendo a la vez. Y se viaja por ello…

Una espiral sin fin. Larga, interminable, acaso infinita.

El Tiempo. Y un ingenio proyector de vidas, de formas, de materia.

El gran descubrimiento del profesor Szabo. El experimento inconcluso.

Y yo, yo, iba a hacer el gran viaje. Era el primer hombre que lo haría. Un viaje sin retorno, quizá.

Yo iba al encuentro del Futuro. Al encuentro del destino. Al encuentro de alguien llamado Hex, del que nada más sabía…

Yo, Roy Merman, técnico en Cibernética en el Centro Mundial. Yo, un hombre del siglo XXI. En viaje hacia el siglo XXIV…

— Suerte, Merman — me deseó Tamura.

— Va a necesitarla — suspiró sombríamente Szabo.

Velda no lloraba ya. No gritaba, protestando. Dormía. El calmante hacía su efecto. Era mejor así. La miré. Era la despedida. Acaso suprema despedida.

— Hasta pronto, Velda — musité —. O en el peor de los casos…, adiós.

Szabo no dijo nada. Aplicó a mi cintura un disco magnético, con cifras, ventanillas con números variables, en cálculo electrónico constante. Era un diminuto controlador del Tiempo y del Espacio. Mi único compañero más allá de lo conocido, mi única guía en la Dimensión-Tiempo.

— Si funciona tras el viaje, le indicará fielmente todo: época en que se halle, lugar, situación…, y posibilidades de retorno al presente. También será el único nexo entre nosotros. Si pierde el disco, aunque todo fuese perfecto, nunca regresaría. La única forma que tengo de seguir su… su «viaje», será siguiendo ese disco, dondequiera que esté, a través de mi pantalla del Tiempo… Amigo mío, le admiro. Por su valor…, y por su decisión.

Me estrechó la mano. Me situé en el centro de la cámara antes

oscura, iluminada ahora de parpadeos violáceos. Erguido, permanecí sobre una plataforma circular, negra, bajo unos círculos que describían arcos voltaicos luminiscentes. Zumbó un mecanismo. El profesor, sentado ante una complejísima máquina que cubría tres amplios paneles de la cámara, dotada de una enorme pantalla y otras seis más pequeñas, manipuló los controles precisos.

Vi a Tamura, a Szabo, a Velda sumida en su sopor…

Luego, todo se borró, diluyéndose como si lloviera sobre un cristal, copiosamente, y ese cristal, entre ellos y yo, difuminase las figuras…

Me sentí ingrávido. Todo se hizo luz a mi alrededor. Luego, oscuridad total…

Faltaban cuatro minutos para iniciarse la alocución pública de Zoltan Jaffe.

Sentí miedo, por un momento. Sólo fue un momento.

Luego, floté en la oscuridad. Y ya no sentí nada.

Ya no fui nada.

* * *

Hubo un chasquido. Luego, otro.

La pantalla grande se iluminó en verde fluorescente. Las pequeñas, también, en diversos tonos y colores de luz, sin imagen.

Szabo, sudoroso, lívido, manipuló los controles febrilmente. Tamura se inclinó sobre él, El parpadeo de los electrones era ahora vacilante, intermitente. En la plataforma negra, bajo los arcos voltaicos, no había nadie.

Roy Merman había partido. En viaje hacia un destino nuevo para el hombre; el Tiempo.

La conquista inicial de otro Espacio más complejo y fantástico que ningún otro.

— Profesor… — musitó Tamura —. ¿Qué…, qué sucede…?

Szabo no contestó de momento. Trabajó febril, intensamente. El

sudor goteó de su frente sobre los controles. Sus manos temblaban.

— ¿Qué ocurre? — insistió el japonés, con un alarido.

Ahora, Szabo alzó la cabeza. Le miró, con desaliento.

—Lo que me temía, Tamura… —jadeó—. Nunca debimos hacerlo. Nunca…

— Pero… Pero, ¿qué pasa?

—He perdido… He perdido el contacto, Total. Como ocurrió las otras ocasiones…

— ¡Dios mío…! ¿Eso quiere decir…?

— Eso quiere decir que Roy Merman jamás volverá ya… Está perdido. Perdido en el Tiempo…, y para siempre.

Velda se había despertado. Velda miró a la plataforma negra, al centelleo de los arcos voltaicos, a la ausencia de imagen o de punto luminoso móvil en las pantallas. Velda escuchó lo que decía el profesor Szabo.

Y gritó. Gritó aguda, desgarradoramente. Luego; cayó al suelo, en la Cámara del Tiempo, perdido por completo el conocimiento.

CAPITULO III

En el 2300

Supe que había llegado.

Me sentía bastante aturdido. Pero el disco de control era escueto. En la ventanilla de la pequeña cajita redonda, magnética, aparecía una cifra en rojo, fija y nítida:

2300

En otras ventanillas, cifras de cálculo, indicadores de orientación, de hora, de mes, de fechas... Todo muy complejo en aquella pequeña maravilla electromagnética de mi cinturón.

Hice los cálculos con rapidez. Comprobé las cifras.

Todo exacto. Enero del año 2300. Centrópolis. O lo que ahora fuese Centrópolis...

Despejé mi aturdimiento. Miré en torno. Hubiera querido saber dónde estaba, pero había poca luz allí. Era de noche. Sobre mí, no vi cielo alguno. ¿Dónde diablos estaba?

Contemplé mis manos, mi cuerpo... Endiablada forma de proyectar la materia la del profesor Szabo... Todo correcto. Me encontraba perfectamente. Respiraba bien, mi ser parecía normal, mi estado físico y mental sin novedad...

Quizá no me había movido del lugar donde Szabo efectuó la experiencia. Eso era lo razonable. No se trataba de desplazarse en el espacio, cambiando de sitio, sino de viajar en el Tiempo, sin moverse de un mismo sitio, cambiando sólo de época...

Hice un rápido cálculo en mi disco magnético. Todo coincidía. Estaba en el centro mismo de la posición en que estuvo Centrópolis, capital de la Tierra, situada siempre. Si es que existía aún, en el año 2300, en que ahora me hallaba, sin duda alguna, si todos los cálculos matemáticos del disco eran exactos..., y si Szabo había tenido éxito en su empresa inicial.

Pensé en Velda, en Tamura. Sentí inquietud. Y miedo. Miedo a no volver nunca, a no ver más a Velda...

Tomé el disco. Szabo dijo que él me daría la respuesta, buena o mala. Hice mi cálculo, y busqué la respuesta en la ventanilla indicadora de regreso.

Se me erizaron los cabellos. La respuesta estaba allí, en letras rojas:

«Regreso: Negativo.»

No había regreso... Respiré hondo. Quizá el disco cometía un error, Insistí. Tuve el mismo resultado. «Regreso al 2099: Negativo.»

—Me debo quedar por siempre aquí... —dije, estremecido—. Velda...

Era demoledor. Angustioso. El fin de toda esperanza.

Pensé en alguien más que en Velda.

«Jaffe... ¡El presidente! Si no regreso..., morirá. Si no encuentro a Hex, conforme he proyectado, y le hago que me explique cómo salvar al presidente..., lo que haya sucedido en lo que ahora es el Pasado, sucederá de todos modos...»

Era alucinante, confuso. Mi época se perdía en el pasado. Resultaba escalofriante pensar que ahora, en este momento presente mío de ahora, Velda no existía ya. Ni Tamura. Ni Szabo, ni el propio Jaffe. Nadie. Todos estaban muertos. Yo, solamente yo, vivía en mi mañana... Lo que sucedió, había sucedido ya. Al menos, para mí.

Si no podía regresar, era el fin. El fin de todos. Porque ellos ya no existían. Y yo estaba en un lugar que no me correspondía.

— A pesar de todo, ha ocurrido — murmuré —. Estoy aquí. Tengo que hacer algo, lo que sea. Sí el mundo me ofrece la imagen optimista y hermosa del Oz IV, es que Jaffe salvó su vida, después de todo. Si mi destino es morir como las alimañas, en un mundo de apocalipsis, poco importará, porque todo habrá muerto en la Tierra antes que yo mismo...

Y con esta idea, me moví. Di mis primeros pasos en mi tiempo actual. Hacia alguna parte, para salir de aquella oscuridad inconcreta, a la que llegaba una leve luminiscencia de alguna parte, aparte la de mi propio disco magnético.

Mis ojos empezaban a habituarse a la oscuridad ambiente, a las espesas penumbras, a la claridad que procedía de alguna parte difícil de localizar.

Di unos pasos más. Y vi claramente, en torno mío.

Vi dónde estaba. Vi cómo era el mundo, en realidad. Vi las cosas del futuro, en mi presente de hoy.

Y tuve la respuesta.

* * *

Hex tuvo otro de sus extraños sueños.

Soñó otra vez esa noche, cuando su cuerpo de coloso reposaba la diaria fatiga, en su lecho flotante, de soportes magnéticos invisibles.

Soñó de nuevo que volvía a la oscuridad de un mundo apocalíptico y siniestro...

Soñó que deambulaba, convertido en mito viviente, en agonía de la humana especie, por la Tierra desolada y sin vida, bajo un cielo negro sin fin.

* * *

Las hormigas gigantes se alejaban, entre las dunas de arena cenicienta.

Esta vez no luchaban. Huían de algo, quizá presintiendo que el viento que se estaba alzando, sería pronto un huracán de muerte y desolación. Los insectos eran muy listos, a la hora de intuir el peligro. Aunque a veces no les sirviera de nada, dadas las dimensiones aterradoras del peligro actual.

Hex las contempló, pensativo. Miró en torno. Sus músculos de acero, sus manojos fibrosos, bajo la epidermis de bronce, recibían el áspero azote de la arenisca negra, sin inmutarse. Sus dedos apretaban con fuerza la última arma sobre la Tierra; su espada.

Una simple espada. Un objeto anacrónico y lejano que alguna vez usó el Hombre para luchar y defender su vida. Siempre se volvía al principio de las cosas, pensó Hex, con amargura. O al fin...

Miró ante sí. Los remolinos de arena oscura eran como velos

turbulentos en torno. Las rocas negras, basálticas, a veces producían extrañas impresiones. Como figuras o viviendas. Cuando ya no había ni figuras ni viviendas...

Otras veces encontraba un ser humano en su camino. Un hombre. Con sus brazos, sus manos, sus piernas, su tronco, su cabeza...

Sólo que el hombre estaba petrificado. Envuelto en lava. Era una estatua que antes fue vida. Solamente eso. Un fósil humano, y nada más.

Hex sacudió su rubia cabeza. La melena rubia se agitó, como hebras de oro en el gris y negro dantesco de la noche eterna del mundo.

—No hay nadie más con vida —dijo—. Estoy solo... Solo por completo.

Maldijo entre dientes, espada en mano. Caminó por el yermo gris y negro, buscando algo, un refugio contra el temporal eléctrico que preveía cercano.

El viento arreciaba. Las oleadas de arena plomiza eran más intensas. Se movió entre torbellinos grises.

— Debo refugiarme — dijo —. O será mi último día sobre el mundo..., y todo se quedará vacío, a excepción de esas malditas alimañas que van muriendo lentamente, tras la mutación en su desarrollo biológico...

Una lagartija del volumen de un caimán se escondió entre las negras rocas, tras mirarle torvamente. Ni siquiera tenía ánimos para atacarle. Estaba demasiado asustada.

Hex avanzó un poco más. Vio un muro de basalto, muy elevado, Y una caverna medio sepultada en la arena gris. No era un buen refugio. Pero era mejor que nada.

Bajó entre los peñascos carbónicos, con poderosos saltos de sus elásticas pierna y atléticos muslos de titán. Semidesnudo como un dios. O solamente como un hombre a punto de ser vencido por los elementos desatados.

Entonces le vio.

Hex le vio, y se quedó rígido, inmóvil, estupefacto.

—¡Un hombre! — exclamó —. ¡Un ser humano..., vivo!

El otro asintió. Respondió con voz humana, con acento humano, con palabras inteligibles!

—Sí, soy un ser humano. Vivo. Y tú..., ¿quién eres?

—Hasta hoy, creí ser el único habitante del mundo. El último sobre la Tierra. Mi nombre es Hex. Tú..., ¿quién eres tú?

—Hex... Yo he venido a buscarte de muy lejos —respondió el hombre, emergiendo de la neblina gris provocada por el polvo —. Yo me llamo Roy Merman, y vengo del pasado... De un lugar en el Tiempo, hace más de doscientos años...

En ese momento empezaron a caer las chispas. La tempestad eléctrica estalló sobre los dos hombres.

* * *

Despertó violentamente. Con sobresalto,

Estaba bañado en sudor. Su piel broncínea brillaba como metal. Se incorporó, furioso consigo mismo y con sus pesadillas.

— ¡Otra vez el mismo sueño! — estalló, furioso —. Y esta vez, con un nuevo elemento en él... Es la primera vez... La primera vez que en mi sueño aparece otro hombre... Un hombre de otro tiempo, decía ser... Y se llamaba... Se llamaba...

Sacudió la rubia cabeza, con ira. Disgustado, se sumergió en un fresco, tonificante baño de agua balsámica, tibia.

Después se puso bajo la catarata de la ducha fría. Se sintió mucho mejor, al pasar por el secador de aire caliente su cuerpo relajado.

— Espero no tener nunca más ese horrible sueño — musitó, mientras salía a la terraza asomada a los jardines artificiales de la más bella y luminosa ciudad del mundo.

Era plena madrugada. Los astros, naturales o artificiales, flotaban, luminiscentes, en el hermoso azul oscuro del firmamento.

Hex paseó bajo los astros, fuera del cubículo de vidrio de su vivienda. Respirar el aire limpio de la noche apacible resultaba vivificador, sobre todo después de sentirse en medio de aquel ambiente alucinante de su pesadilla, respirando vapores, aire viciado,

humo y polvo gris de negras cenizas.

Era tan diferente la realidad de su sueño...

Y, sin embargo, de repente tuvo un estremecimiento, cuando pensó lo que sería todo si resultase al revés. Si el sueño fuera éste, y la realidad lo otro. Sintió horror de pensarlo solamente. Era una idea ridícula.

¿Ridícula? A veces parecía flotar en un ámbito de irrealidad, fluctuando entre lo auténtico y lo imaginado, entre lo cierto y lo soñado. Y la impresión era tan difusa, tan inquietante e incierta, que temía que todo fuese diferente a cómo pensaba. Que se alterasen los elementos de sueño y realidad..., con toda su espantosa carga de consecuencias. No para él, sino para otros. Para todos los demás. Para un mundo feliz, muy lejano del que imaginara el sarcasmo cruel de un Huxley o de un Orwell, en el pasado literario.

A veces sentía miedo de que las cosas fueran al revés. Pero en seguida recordaba a Zinda, tan real, tan fragante, tan próxima... Y todo aquello que él podía palpar, sentir en torno suyo...

— Claro que también la ceniza rozaba mi piel, quemándola. Y mis pies desnudos hollaban fría y dura roca de basalto... —se tocó la epidermis, casi con la sensación de que el dolor era real, físico —. Y la impresión resultaba tan vivida...

Sacudió la cabeza. Deseaba desterrar semejantes ideas. Eran absurdas. Aquello de ahora era lo cierto, lo tangible. Era la propia vida, el mundo que le rodeaba. Lo demás, eran simples sombras, fantasmas de su cerebro. Y eso no debía suceder. No en él. Hex era hombre seguro de sí, de mente equilibrada, de total dominio de sus emociones. Una persona de fría y lúcida inteligencia, que no se dejaba llevar por sugestiones absurdas.

— Debo de razonar bien y no dejarme llevar por imaginaciones exageradas — se dijo —. Lo que es un sueño, nunca pasa a ser otra cosa. Lo olvidaré, por mucho que mi pesadilla llegue a repetirse. De todos modos, pediré un diagnóstico a la Computadora Médica. Es posible que precise un tratamiento neurológico. Eso alejará los sueños ridículos de mi.

Regresó apaciblemente a su dormitorio. Iba a tenderse en su flotante lecho, cuando el zumbador sonó. Parpadeó una luz roja en el muro. La miró, perplejo.

— ¿Qué ocurrirá ahora? — se preguntó a sí mismo —. Es raro que

me molesten de Control..., a estas horas de la madrugada.

Pulsó un teclado situado junto a su lecho. Como futuro presidente mundial, caso de ser elegido, siguiendo la estirpe política de Zoltan Jaffe y su descendencia, habitaba una residencial oficial, con una guardia permanente, más por tradición que por auténtica necesidad. Los riesgos, en la actualidad, eran prácticamente nulos. Nadie, en el año 2300, hubiera pensado en causar daño a un personaje importante. Ni tampoco a cualquier otro. La violencia no existía.

— Aquí Hex — dijo por un intercomunicador en el muro —. ¿Alguna novedad?

— Una sorprendente, señor. Tenemos aquí a un prisionero.

—¿Un... qué? —exclamó Hex, estupefacto.

—Un prisionero.

— Pero eso... ¡Eso no tiene sentido!

— Cierto, señor. No lo tiene. Sin embargo, así es.

Se mantuvo callado unos momentos, sin saber qué decir. Un prisionero... No era posible. No hay prisioneros cuando no existen enemigos. Y hacía siglos que las enemistades, odios y sentimientos análogos habían sido corregidos por nuevas formas de vida, nuevos métodos pedagógicos y psicológicos, nuevas orientaciones psíquicas y tratamiento especial de los infractores, que en cada vez más reducido número, terminaron por agotarse totalmente.

— ¿Qué clase de... de prisionero? — quiso saber al fin.

— Un extraño, señor.

—¿Qué llamaría usted «un extraño»?

— Un hombre que no es como nosotros.

— Ya — Hex frunció su rubio ceño, con expresión profundamente pensativa —. Explíquese.

— Deambulaba por el subsuelo de la Gran Centrópolis. Parecía desorientado, perdido. Casi alcanzó los accesos al exterior, cuando fue detectado. Le apresamos. ¿Sabe, señor? Se resistió. Tuvimos que... que golpearle.

—¡Golpearle! ¡Resistirse! —el asombro de Hex iba en aumento—. Pero eso va contra toda legislación... Y contra toda norma de

convivencia social...

— Le quisimos explicar eso, pero él insistía en que tenía que ver a alguien... En que venía de muy lejos. Le preguntamos de dónde y dijo que no podía decirlo, porque no lo entenderíamos. Pensamos si estaba enfermo, y le sometimos a control médico después de capturarle a viva fuerza.

—¿Y...?

—Es normal. Joven, fuerte, sano, inteligencia media..., casi brillante. Pero no tan desarrollada como es hoy día normal. Apenas si reacciona a las pruebas telepáticas o de concentración mental. Yo diría, señor, que posee inteligencia..., sin cultivar. Como una persona de otra época. Viste ropas anticuadas, habla la lengua internacional, pero con giros y modismos ya en desuso... No lo entiendo, señor, la verdad.

—¿Dijo a quién quería ver?

— Sí, señor. A Hex.

— A mí... — pestañeó Hex —. ¿Dio algún nombre?

— Dijo llamarse... Roy Merman.

Roy Merman. Hex recordó en seguida. El sueño. El hombre perdido en el desierto gris y negro. El otro hombre en su pesadilla. Roy Merman...

—¡Dios mío...! —murmuró, oprimiéndose las sienes—. Háganlo subir. En seguida.

—Sí, señor.

CAPITULO IV

Me quedé mirándole.

Al menos me llevaba pie y medio de estatura. Era un gigante. Un sorprendente gigante rubio, musculoso, atlético. Me recordó a un héroe germánico, un personaje mitológico de Wagner.

Sus ojos eran verdes, profundos, casi hipnóticos. Me contemplaban con fijeza. Supe que no tenía problemas para penetrar hasta el fondo de mi mente. Quizá leía mis pensamientos. O parte de ellos.

— Roy Merman... — habló —. ¿Eres tú?

— Sí. ¡Y tú eres Hex?

— Soy Hex, sobrino del presidente Ozar. Futuro presidente, si el pueblo me elige.

— Creí que sería infinitamente más difícil encontrarte — suspiré.

— Mi guardia me explicó que vienes de muy lejos.

— Es lo cierto.

— ¿Quién te habló de mí?

— Una computadora.

—¿Computadora? Oh, entiendo. Las viejas máquinas... —sus ojos destellaron—. Has dicho que viniste de lejos. Pero no de dónde, Merman.

— Quería decírtelo sólo a ti. Tal vez me tomes por loco si te lo refiero.

— Te escucho. Habla. Estoy acostumbrado a oír cosas insólitas.

—No sé lo que te parecerá la mía. Hex. Yo... Yo no vengo de lejos en la distancia, ¿entiendes? Sino de... de otro tiempo.

— Tiempo... Quieres decir que esas ropas, ese modo tuyo de hablar, esa mente imperfectamente desarrollada y educada..., son producto de otras épocas.

— Sí. Del pasado.

—El pasado... —no parecía desorientado ni perplejo. Dio la impresión de entender—. ¿Por qué, Merman?

—¿Por qué hice el... el «viaje»? —me encogí de hombros —. Para buscar a Hex. En el año 2300.

— Estás en el año 2300. Y yo soy Hex. Sin duda has logrado tu propósito. Sigue. ¿Qué esperas de mí? ¿Por qué me buscaste?

—No parece sorprenderte que yo..., que yo esté aquí..., cuando para mí, tú no has nacido..., y para ti, yo estoy muerto...

— ¿Por qué habría de sorprenderme? Imagino que entonces, eso no estaba prohibido.

— ¿Prohibido?

—Viajar al Tiempo... Poseemos medios perfectos para hacerlo. Pero no tiene sentido. No conduce a nada bueno. Se bloquearon esos medios. Se dictó una ley, prohibiendo su utilización. Ya nadie viaja al pasado o al futuro. No hay por qué, Merman.

— Tal vez sea así — admití, pensativo —. Pero esto es diferente. No estaba aún perfeccionado. Ya no puedo regresar. Corrí ese riesgo, a sabiendas de que mis posibilidades a favor eran muy escasas.

—¿Por qué?

— Porque tenía que encontrarte, Hex.

— ¿Qué esperas de mí?

— Que salves al mundo.

—¿Al mundo?

— Y a un hombre que no debe morir. Pero que va a morir.

— ¿Cuándo?

— Eso es lo extraño. Si todo esto es así, como lo he encontrado..., él no murió, después de todo. Pero si este mundo de ahora fuese diferente..., él habría muerto.

— ¿Todo depende de un solo hombre?

— Todo, sí.

— ¿Y yo debo salvarle?

— Eso espero de ti. Eso dijo la computadora, al examinar el futuro.

—Yo, un hombre de tu futuro..., debo salvar a un hombre de tu presente. ¿Tiene sentido?

— Sé que no. Pero así fue la respuesta.

—Hablaste de un mundo... diferente, ¿recuerdas? —Hex paseó por la estancia de cristalinos muros, ante mí.

— Lo recuerdo muy bien. Vale más que no sepas qué clase de mundo, Hex...

—Yo a veces sueño, Roy Merman. Sueño con un mundo distinto al que me rodea. Es siempre una horrible pesadilla.

— Mientras sólo sea sueño...

— A veces dudo. No sé si sueño ahora o sueño entonces.

— Por fortuna, sueñas entonces. Esto es real. Está sucediendo. Yo estoy aquí. Te he encontrado. Y no viajé al mundo de los sueños.

—Es curioso. Merman, pero yo..., yo te encontraba también en mi sueño. Eras tú mismo. Y te llamabas de igual modo.

— ¿De veras? — me sentí agitado, inquieto —. ¿Soñaste eso, Hex?

— Lo soñé entonces. Y es realidad ahora. ¿O lo vi entonces..., y sueño ahora? ¿Puedes tú, recién llegado a este momento de la vida, extraño en tu propio mundo, distinguir lo que es sueño de lo que no lo es?

—No, me temo que no —dije, agitadamente—. Quizás..., quizá no soñabas, Hex.

—Quizá no... —se acercó a mí. Me miró, fija, profundamente—. Tú... ¿Tú viniste desde tu lugar en el Tiempo..., un mundo destruido, agonizante?

— Un mundo aniquilado. Gris y negro. Con arenas de ceniza, con piedras de basalto, con lluvias de chispas, con terremotos de apocalipsis... —recité, sombrío.

—¡Dios...! —Hex había palidecido. Bajo el bronce de su epidermis, había ahora un matiz de horror —. No es simplemente un sueño... Puede ser la verdad..., y esto la ficción...

— Puede serlo — me encogí de hombros —. No entiendo. Todo eso escapa a mi razón, Hex, Soy torpe. No aprendí lo que vosotros.

—Roy Merman... ¿Quién es él? ¿Quién es el hombre a quien, según tú..., debo salvar solamente yo?

Se lo dije:

— Es nuestro futuro presidente. Bueno, un presidente muy pasado ya para ti... Zoltan Jaffe es su nombre.

— ¡Zoltan Jaffe! — su mirada se dirigió hacia la Plaza Espiral, pero yo entonces no podía entenderle bien —. Zoltan Jaffe..., mi antepasado.

—¿Tu... antepasado? — vacilé, aturdido.

— Ven conmigo, Roy Merman. Voy a mostrarte algo. Un monumento grandioso... Luego, tú me darás una simple respuesta. Y después...

— Después, ¿qué, Hex? No puedes hacer nada. Ya no puedo regresar a mi tiempo..., ni llevarte a ti conmigo, para intentar salvar a Zoltan Jaffe, como pronosticó la computadora...

— Quizá no, Merman — sonrió duramente el gigante rubio —. Pero sí tu respuesta al ver esa estatua es afirmativa..., yo iré contigo. O, mejor dicho: tú, vendrás conmigo. Quebrantando una ley, excepcionalmente..., viajaré contigo al pasado. A mi pasado...

* * *

Y así fue.

Hex y yo viajamos de nuevo en el Tiempo. Volvimos a mi época.

Fue mucho más sencillo que con el profesor Szabo. Comprendí por qué motivo prohibieron en el siglo XXIV los viajes en el Tiempo. Era demasiado fácil todo.

Hex solicitó un permiso especial de su tío Ozar, presidente mundial. Hubo una dilatoria, dudas, consultas... Pero se trataba de Hex, heredero del gobierno del mundo. Y Hex era alguien en su tiempo.

Se le concedió el permiso. El y el «extranjero» podían utilizar el transmisor de materia en el Espacio-Tiempo. El «extranjero», naturalmente, era yo.

Zinda nos despidió. Viéndola, comprendí lo que sentiría Velda. Y eso que ella tenía al menos una seguridad; Hex volvería. Por los procedimientos en que el hombre había dominado al Tiempo, a través de la Ciencia, no había fallo posible. Ir y volver era como tomar un tren de ida y vuelta. O quizá más sencillo aún. Las posibilidades qué ofrecía todo eso eran inmensas. Pero Hex me explicó la situación con simplicidad muy efectiva.

— Hemos estudiado Historia viajando el pasado en forma de «comandos culturales». Hubo problemas. Muchas cosas pudieron haberse alterado en el curso de los siglos. Y creo que, pese a todo, lo que sucedió, no siempre ha sucedido ya, con todas sus consecuencias. Uno, en cierto modo, podría alterar el porvenir del hombre. Vale más no romper el equilibrio establecido. Lo que pasó, ha pasado ya. Lo que tenga que suceder, sucederá. Es preferible dejarlo todo como está.

—¿Incluso el asesinato del presidente Jaffe, la noche anterior a su elección?

— No, eso no — rechazó vivamente Hex —. Para todos, para las generaciones posteriores a Jaffe, él es nuestro símbolo, nuestra guía. Si él faltó..., faltaría todo.

— Una vida humana, Hex, puede influir tanto en las vidas ajenas... Sólo que no siempre nos damos cuenta de eso. No siempre damos a cada vida ajena el valor real que tiene...

— Empiezo a darme cuenta de ello. Uno, incluso, puede dejar de existir, si el que fue causa de nuestro origen no existe...

— Ese no parecía ser tu caso, al menos en tus sueños. En ellos, tú existes. Estás en el mundo caótico, como último superviviente... —le recordé.

— Quizá sea un espejismo. O acaso mis genes, los cromosomas y todo eso que produce la vida humana, se produjeron en el mismo siglo. Sólo que no fui descendiente de Jaffe, ni supe de él. Fui un hombre vulgar, un guerrero, un bárbaro acaso, no sé... Me veo tan diferente, luchando por la vida entre elementos desencadenados y alimañas desorbitadamente crecidas por las radiaciones de algún conflicto inexplicable, de algún apocalipsis bélico, que no logro comprender.

—Sí, Hex. Pienso como tú. Algo sucedió. Algo que tu mente pacifista y cultivada no puede comprender...

Entramos entonces en la especie de cápsula traslúcida, sellada por la ley. Un funcionario del Gobierno, especialmente autorizado, rompió los sellos. Entramos en el interior enigmático, estilizado, vertical. Algo zumbaba, suave, en alguna parte. Una luminiscencia azulada prendió en torno nuestro, envolviéndonos en una atmósfera irreal.

— La cápsula del Tiempo permanecerá vigilada y rodeada, hasta que regresen — nos dijo el empleado del Gobierno —. Solamente ustedes podrán utilizar sus circuitos de teleportación y transmisión de materia. El Comité de la Ciencia controlará debidamente la operación. Todas las precauciones están tomadas.

— No hay riesgos, ¿verdad? — sonreí.

— En nosotros, ninguno — dijo Hex —. En vosotros está la incógnita, Merman...

—Sí, lo supongo —admití—. En nosotros..., y en lo que pueda suceder allá, en el 2099...

— Esperemos que todo salga bien.

— Si es que llegamos a tiempo...

—Tiempo... —sonrió—. Es mi mejor aliado ahora. Llegaremos, si es preciso, antes del momento en que saliste de tu punto de origen. Recuerda que todo en esta dimensión es relativo. Todo puede suceder en una eternidad..., o en un minuto.

— Con llegar casi inmediatamente de haber salido, puede ser suficiente — pensé en voz alta, antes de entrar, lo mismo que Hex, en una especie de cilindro vertical, un tubo de materia vítrea, azulina, donde flotaba un vapor o bruma fría, que mojaba la piel —. Faltaban justamente siete minutos entonces...

— Siete minutos. ¿Está cerca el laboratorio del profesor Szabo de la Torre de Gobierno?

— Muy cerca — suspiré —. No hay vehículos iónicos, pero..., está cerca. Bastarían tres o cuatro minutos, como máximo.

— Será suficiente, entonces. Vamos ya — sus manos accionaron unos complejos, amplios cinturones plásticos, repletos de botones, controles, mandos y esferas graduadas, todo ello en tamaño diminuto pero minucioso y preciso. Al lado de todo ello, mi disco magnético del

Tiempo era como un juguete rudimentario.

— Hex, una última pregunta antes de partir — rogué.

— ¿Sí? — me miró con sus profundos ojos verdes fulgurando, expectantes.

—Hex, cuando estemos allí..., ¿sabrás qué hacer, para evitar que alguien mate a nuestro presidente, conforme dictaminaron las computadoras?

—Espero que sí —sonrió—. Recuerda algo, Merman; tu famosa computadora me mencionó a mí. Si yo soy la solución, espero que esté a la altura dé las circunstancias. Confía en mí. Eso es todo.

— Creo que lo último que nadie podría hacer, es desconfiar de tus fuerzas, Hex —admití gravemente—. Inspiras fe...

— Ojalá sepa responder a esa fe tuya, amigo mío — dijo espontáneamente Hex. Su mano firme, nervuda, me oprimió el hombro con cordialidad, antes de que cerrasen las tapas de vidrio de nuestros cilindros. Y le oí decir —. Ahora..., que Dios nos ayude.

Y me confortó saber que Dios estaba en todas las épocas con la misma fuerza. Más allá del Tiempo. Más allá del Espacio... Más allá de todos nosotros.

Luego, las cápsulas del Tiempo funcionaron.

Fuimos proyectados a otro lugar en el Tiempo.

A otro lugar que Hex nunca había visto antes. Un lugar del que yo procedía.

Centrópolis, 2099...

Más de dos siglos atrás. Adonde yo había desesperado ya de regresar jamás.

Ahora, Hex viajaba conmigo. Las computadoras tuvieron razón. Sobre todo, la vieja y fiel Oz III.

Faltaba ver el final del prodigio. La llegada de Hex. Su influencia en que las cosas pudieran ser de diferente modo. En que todo fuese como debía de ser, para que el mundo fuese el utópico sueño de paz y de humana convivencia...

¿Qué iba a suceder ahora?

La respuesta estaba en nuestro punto de destino. Cuando llegamos, mi primera mirada fue al reloj. Un reloj que, durante mi estancia en el 2300, no movió sus agujas ni un solo instante...

Las nueve y veinticuatro minutos, exactamente.

Sólo un minuto. Un minuto hacía de mi partida. Y ya estaba de vuelta con Hex. El milagro estaba hecho.

Los dos nos miramos. Hex se recuperó en seguida.

— ¿Cuanto tiempo nos queda? — preguntó, tenso.

Se lo dije, escueto:

— Cinco minutos y treinta y cinco segundos. Ha sido todo tan rápido...

—Rápido... —Hex se encogió de hombros—. En el Tiempo, todo puede ser lento o rápido..., y uno nunca lo sabe exactamente. La mente humana pierde el concepto de muchas cosas, moviéndose en esa dimensión. Por eso vale más que no lo haga. Sólo si es absolutamente preciso, como en este caso. Vamos, Merman, ¿qué medio usamos para llegar a la Torre de Gobierno?

— Hay turbohélices de una, dos y cuatro plazas. Aquí arriba, en la plataforma de vehículos aéreos. Tardaremos dos minutos en llegar cerca de Jaffe. Pero no nos dejarán aproximarnos a él. Aquello será un enjambre de guardia de seguridad, Prensa, reporteros, cámaras...

— No importa. Vamos. Utilicemos el procedimiento que sea. Y lleguemos hasta Jaffe. De lo demás me ocuparé yo.

No dije nada. No hubiera podido hacerlo. Acompañé a Hex a un turbohélice. El helicóptero vertiginoso remontó el vuelo sobre la urbe. Se deslizó hacia la Torre de Gobierno, por encima de la masa luminosa de la ciudad, curiosamente contemplada por el hombre del futuro.

— De modo que esto es Centrópolis, en el año 2099 — comentó de repente.

—Sí, esto es Centrópolis —dije—. La misma increíble ciudad de tu futuro, Hex.

— Y también el llano gris, salpicado de piedras basálticas — recitó Hex.

— Por Dios, no — me estremecí —. Eso no...

— Me pregunto cuál de ellas me tocará vivir en realidad.

— La respuesta puede estar hoy, en mi presente. En tu pasado, Hex.

— Cierto. Según tu computadora, en mí. ¡Yo, Hex, debo salvar a Zoltan Jaffe! Yo, que ni siquiera he nacido aún… —sonrió, irónico, mirándome con expresión burlona —. Yo, que nací…, ¡mañana!

Asentí. Hex tenía razón. Es como si nada tuviera sentido.

Pero yo sabía que en alguna parte estaba la razón de todo aquello. Que de algún modo, los mayores absurdos podían explicarse, aunque los hombres fuéramos demasiado torpes para comprenderlo.

Quizá Hex lo entendía. Acaso yo lo imaginaba.

Pero ninguno dijimos ya nada. Sobrevolamos una zona de luz radiante. Se percibía clamor de voces en las grandes concentraciones de gentes, frente a las pantallas gigantescas de la urbe.

—Hemos llegado —le dije—. Sólo quedan tres minutos, Hex…

— Pueden bastar, Merman. Vamos fuera. Hay que acercarse a Jaffe…

— Será difícil, Hex. Hay rigurosas medidas de seguridad en torno suyo.

— ¿Difícil? — el atlético gigante rubio soltó una breve risa entre dientes —. Más debía serlo, en teoría, llegar a este momento. Y estamos aquí, Merman. ¿Dónde andan tus amigos?

— ¿Velda, Tamura, el profesor Szabo? — sacudí la cabeza, señalando abajo —. Deben estar todos en la sala de los invitados de honor, esperando asistir a la alocución presidencial. Sin esperanzas de verme de nuevo aquí nunca más…

— Entonces, vamos a dar una sorpresa a todos. A todos — sonrió extrañamente, con un brillo intenso en sus pupilos—. Sobre todo, al asesino… Al hombre que tiene asignada la misión de matar a Zoltan Jaffe…

—¿Sabrás quién es, Hex, cuando le veas a punto de cometer su delito? — dudé yo.

Me sonrió, irónico. Se encogió de hombros.

— Lo sé ya, Merman — me dijo, de modo desconcertante —. Sé

quién va a matar dentro de unos momentos al presidente Jaffe.

Le miré, sin dar crédito a lo que oía. Sacudí la cabeza, perplejo.

—Imposible… —dije—. Ni siquiera conoces a la gente que nos rodea, no sabes nada de esta época, Hex…

— No me hace falta — me miró, risueño. Luego, añadió —: El asesino de Jaffe es… un hombre llamado Bright. Coronel Fulton B. Bright, coronel de Seguridad del presidente…

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Hex, 2099—2300

Coronel Fulton B. Bright.

El asesino. El traidor. Nuestro colaborador y amigo…

—Pero…, ¿por qué? ¿Por qué el coronel Bright, Hex?

— No lo sé. Sólo sé que es él. ¿No es suficiente?

— Parece que sí. El hombre existe. Y tú no podías saber de su existencia…

— Exacto. No estoy bromeando ni alardeando de nada, Merman. Poseo poderes que vosotros no habéis desarrollado en esta época. Hemos cultivado más la mente, la telepatía, el estudio de nuestros semejantes, por análisis mental a distancia… Psíquicamente, comparados con vuestra generación, estamos superdesarrollados. He captado ondas mentales. Van a atentar contra el presidente. Y lo hará uno de sus hombres de confianza.

—¡Cielos…! ¡Es preciso actuar cuanto antes, tratar de evitarlo como sea! —grité, demudado—. Pero, ¿cómo convencer a todo el mundo de que un hombre como el coronel sea… culpable? ¡Si el coronel se empeña, incluso puede hacernos arrestar o matar a nosotros dos, acusándonos de lo que él quiera!

— Sí, será un peligroso enemigo. Aun así, quizá podríamos, resolverlo todo fácilmente…, si no fuera por otro factor…

— ¿Otro? ¿Cuál, Hex?

—No sé… —se frotó las sienes, preocupado—. Se me escapa. Concentro mis ondas mentales, pero ello, sea lo que sea, se evade de mi pesquisa… Hay algo o alguien— más, Roy. No sé quién sea o lo que ello sea…, pero existe un complot minuciosamente preparado. Una mente rectora, la del coronel Bright…, y alguien que le obedece.

— ¡Un cómplice!

— Quizá sea eso, no podría decirlo — suspiró Hex —. Sea ello lo que sea…, dos peligros, cuando menos, acechan a Jaffe. Es preciso

salvarle. Y, con él, salvar al mundo... Al suyo y al mío. Al de todos nosotros, no importa cuándo...

— ¿Tienes ya algún plan previsto? — descendimos en la plataforma aérea de la Torre de Gobierno, caminando hacia el interior, resueltamente.

— No — admitió Hex —. No lo tengo. Ni espero que haga falta.

— ¿Cómo? — me alarmé.

— Las cosas, hechas espontáneamente, según la marcha de los acontecimientos, son las que mejor resultan siempre, Merman. O casi siempre... ¿Confiamos esta vez en lo mismo?

— Confiemos, Hex — le miré, pensativo —. Todavía me parece imposible que tú y yo, dos hombres separados por cientos de años de diferencia...

— Olvídalo — sonrió Hex —. Nosotros también lo pensamos cuando todo eso dejó de ser una teoría, para convertirse en realidad. Pero ya está superado el momento. No hay nada realmente digno de asombro. La Ciencia lo alcanza todo. Tú y yo somos ahora amigos, Merman. Amigos leales, unidos en común esfuerzo. Sabes que Jaffe es un antepasado mío, y que lucharé por ayudarle, como estás luchando tú, sólo por el bien común. Pero no digas a nadie, ni siquiera a Zoltan Jaffe, que yo soy un hombre del futuro. No acabarían de entenderlo. Y no vale la pena. Seré, solamente..., tu amigo Hex.

En ese preciso instante empezaron a sonar las campanadas del reloj electrónico de Centrópolis, llenando el ámbito urbano con sus notas melodiosas, graves y sonoras.

Las nueve y media de aquella noche de enero del 2099; todas las pantallas de televisión, públicas o privadas, del orbe entero, se iluminaron de súbito, con la faz noble y generosa de Zoltan Jaffe, al tiempo que su voz se expandía por los altavoces, grave, profunda y persuasiva:

— Ciudadanos del mundo todo, hermanos queridos de cualquier raza, religión e idea. Os habla vuestro presidente. El hombre a quien habéis elegido vosotros mismos. Dios quiera que estéis en lo cierto, y yo pueda llevar vuestros destinos a un alto lugar, el que en justicia corresponda a cada uno de nosotros...

Nos miramos ambos. Hex y yo. Estábamos a la misma entrada de la vasta nave central, en cuyo podio se alzaba la figura majestuosa y

noble de Jaffe, centro de todas las miradas, de toda la atención mundial, de todas las cámaras grabadoras de imagen, de todos los micrófonos, captando sus palabras con nitidez pasmosa.

En aquella nave, cuando menos, se hacinaban veinte o treinta mil personas, rodeando el podio elevado, en cuyas escalinatas montaban guardia los vistosos soldados de la Unión Mundial, con sus flamantes uniformes de gala.

Vimos en torno al presidente, muy cerca de él, a personas harto conocidas, de la total confianza de Jaffe: el vicepresidente, Alex Bladt; la secretaria personal, Ulah Tagger; el coronel Fulton B. Bright, jefe supremo de los Servicios de Seguridad del presidente…, y traidor que esperaba su oportunidad.

Hex lo había adivinado. Hex lo sabía. Solamente una mente superior, de una época más avanzada que la nuestra, pudo captar sus ondas mentales. Ahora comprendía a Oz III. Tuvo razón. Hex era la única solución posible. Pero, ¿sería suficiente él, contra el poder de un hombre de quien nadie sospechaba, a quien no podíamos acusar previamente, y que estaba tan próximo a Jaffe, que le bastaría un simple gesto para terminar con la vida de nuestro futuro presidente?

El horror me mantenía inmovilizado, mezclado con aquella masa. Eramos solamente dos asistentes más a la ceremonia. Pero dudaba que estuviese en nuestra mano hacer algo. Para llegar hasta Zoltan Jaffe, era preciso salvar una masa humana ingente. Estábamos demasiado lejos…

— Ese es Bright — dije, señalando al podio —. El hombre de uniforme…

— Sé quién es — asintió Hex secamente, ante mi sorpresa —. He captado sus pensamientos. El está esperando.

— ¿Esperando? ¿A qué? ¿Al momento propicio para descargar el golpe asesino?

— No sé — se encogió Hex de hombros —. Esperando algo…

Miré, aprensivo. Jaffe proseguía su alocución. Bien ajeno a que el peligro estuviese tan cerca, tan inmediato a él…

Un peligro de muerte para su persona. Para todas las personas. Para el mundo entero, vencido en el futuro por guerras, odios, errores trágicos, el holocausto final, tal vez por un acto de soberbia del hombre, por un arma devastadora, empleada a destiempo…

Todo dependía de ahora. Justamente de este momento, crucial para la Humanidad.

Hex no miraba a Bright ahora. No centraba su atención en el presidente ni sus acompañantes. El estaba buscando algo. No podía saber el qué, pero su mirada se perdía por la sala de amplísimas proporciones, de altas e inmensas bóvedas de vidrio. Como si en alguna parte, el peligro pudiera materializarse de alguna forma, para ser destruido.

— Puede suceder en cualquier instante, Hex — musité —. Y de ser así..., todo se habrá perdido.

—Lo sé. Estoy buscando...

—Buscando..., ¿qué? — me intrigó.

—No logro saberlo. Algo..., algo que está en alguna parte... La mente de Bright está pendiente de algún suceso excepcional. Va a suceder algo, ciertamente...

— Bright puede matar al presidente de un simple golpe brusco.

— Pero él no va a hacerlo — negó Hex.

— ¿Cómo? ¿Quién, entonces?

— Quién, o qué, no logro saberlo. Pero no anda lejos. Mi mente capta algo... Una presencia extraña, amenazadora...

Me estremecí. La supersensibilidad mental de Hex captaba «algo». Y no sabía lo que era. Parecía ridículo todo eso, pero yo había aprendido a tener fe en él, en el gigante rubio que llegó del futuro conmigo. Si alguien podía impedir lo inevitable, ese alguien era el hombre nacido mañana.

La tensión me resultaba insufrible. Mis nervios se crispaban por momentos. Cada vez estaba más cerca aquello, lo que ello fuese. Lo presentía. Lo intuía. No con la agudeza y frialdad de Hex, sino con mi propio e imperfecto instinto humano.

De repente, vi a Velda. Me sobresalté.

Velda...

Ella también me había visto. Capté su mirada de estupor infinito, allá, no lejos de las escalinatas del alto estrado presidencial. A su lado, Tamura y Szabo esperaban también, mirando al presidente, tan en

tensión como yo mismo. Velda les llamó la atención en voz baja. Ellos se volvieron. Me miraron, con asombro sin límites, con incredulidad. Yo les dirigí una vaga sonrisa. Señalé a mi compañero. Velda entendió.

Capté, en sus ojos enrojecidos, un destello de comprensión. En su rostro pálido y amargo, una repentina expresión de lucidez, de esperanza...

Hex advirtió todo eso. Les miró a ellos. Luego a mí. Y sonrió.

—¿Tus amigos? —indagó—. ¿Tu enamorada, Merman?

— Sí — afirmé —. Son ellos, Hex...

Hex hizo un brusco gesto. Ya no me oía. Sus ojos extraños, verdes, salpicados de luces doradas, se habían entornado, en repentino gesto de cautela, de tensión. Bajo su epidermis broncínea, sus poderosos músculos se hincharon. La boca fue una prieta línea, como una grieta en la roca viva.

Miré adonde él miraba. Supe que había visto algo, al fin.

Yo tardé en verlo más que él. Luego, entendí lo que había estado presintiendo, lo que sus sentidos superdesarrollados captaron en alguna parte de aquel vasto recinto, antes incluso de ser visible...

Había algo allí. Algo no humano. Algo mecánico, sin duda.

Y la «cosa» estaba dirigiéndose ahora hacia Zoltan Jaffe. Hacia el estrado donde el gobernante hablaba a su pueblo, prometiéndole un mundo mejor.

Supe que aquello era la Muerte.

Y me pregunté qué podría hacer Hex, por muchos que fuesen sus poderes, para salvar la vida de Zoltan Jaffe y, con ella, la futura vida del mundo...

* * *

La «cosa« parecía un insecto.

Lo parecía, simplemente. Pero no lo era.

Era un cuerpo artificial, metálico. Algo diminuto, zumbante, que

flotaba sobre los millares de cabezas, cerca de la bóveda cristalina. De súbito, había iniciado un movimiento descendente.

Y se precipitó hacia Jaffe, en picado. Como un insecto furioso, a punto de picar.

Me quedé petrificado, incapaz de hacer nada. Por otro lado, tampoco me era posible hacer cosa alguna por impedir que aquello llegase a Jaffe.

El coronel Bright, insensiblemente, elevó sus ojos un instante, mirando al objeto volador. Una sonrisa siniestra flotó en sus labios curvados. Nadie, salvo nosotros, se hubiera podido fijar en ello.

— Hex... — gemí —. Es... Es eso, ¿verdad?

El no contestó. Se limitó a asentir con un seco movimiento de cabeza. Luego entró en acción.

Justamente cuando entre la cabeza canosa y noble de Jaffe, y aquella especie de pequeño cuerpo metálico, artificial y mortífero, apenas si había una distancia de quince o veinte yardas, recorridas a velocidad vertiginosa por el mecanismo fantástico.

Ni siquiera Hex parecía capaz de hacer nada práctico, a tan gran distancia como se hallaba de aquel cuerpecillo diabólico...

* * *

Velda había captado la dirección de nuestras miradas. Clavó sus ojos en el mismo punto en que lo hiciéramos Hex y yo. Descubrió la cosa.

— ¡Cuidado, presidente! —chilló, con voz aguda, potente, que llenó la vasta sala.

Jaffe se detuvo, sorprendido, mirando a la multitud. Luego descubrió el zumbido descendente sobre su cabeza. Miró arriba, entre confuso y desorientado. Nadie reaccionó alrededor de él. Pudo haberlo hecho Bright, pero él era el primer interesado en no mover un solo dedo contra el pequeño ingenio de muerte.

Hex, mientras tanto...

Hex sí movía un dedo. Y mucho más que eso. Hex era ahora

mismo un torbellino vertiginoso de acción. Un gigante cuya elasticidad y precisión de movimientos resultaban increíbles.

Hex había saltado sobre los hombros de varios de los asistentes que formaban la masa, en torno al estrado. Sujetándose sobre aquel soporte oscilante, en pie sobre dos hombres sorprendidos, que casi cedían bajo su peso, el hombre del futuro esgrimió algo arrancado de su ancho cinturón científico.

Era un cuerpo curioso. Un óvalo que disparó desde sus dedos nervudos, presionándolo en su parte posterior. No mayor que un huevo vulgar, pero de color metálico, platinado.

Medio óvalo o algo más, se desprendió, brotando con fuerza, sibilante, de sus manos. Un chorro de luz azul quedó detrás, uniendo al fragmento de óvalo en vuelo, con el otro segmento que sostenían los dedos de Hex.

El, con su mirada o con su poder mental, parecía dirigir su objeto volador hacia el que descendía, implacable, sobre el presidente Jaffe.

El mecanismo puesto en libertad por Hex era infinitamente más veloz y preciso. Llegó al «insecto» metálico, antes de que éste pudiera rozar siquiera los cabellos del presidente.

Se produjo un chispazo cegador, lívido. Observé cómo el rostro de Bright palidecía, al verme a mí y, al lado mío, a aquel coloso rubio, erguido encima de la multitud.

El menudo cuerpecillo de metal, alcanzado por el medio óvalo, centelleó, en medio de varias descargas eléctricas, impulsándose hacia arriba y lejos del presidente, como si el óvalo de metal le empujara, apartándole de su blanco previsto.

Luego hubo un estampido formidable, el «insecto» metálico se pulverizó, en medio de un trallazo de luz increíble. Todo tembló en torno, y una rugosa forma ennegrecida, chisporroteante, se perdió sobre las cabezas de la aterrorizada multitud.

Creí entender. Un pequeño cuerpo maldito. Portador de una carga eléctrica de alta tensión. El simple roce con la cabeza de Jaffe hubiera convertido a éste en un cuerpo carbonizado, en una simple pavesa.

La guardia de seguridad se extendía ya en torno, distribuyéndose para proteger al presidente. El, angustiado, había asistido igualmente a la sorprendente, dramática escena de su salvación. Tenía la mirada fija en el coloso de cabellos de oro.

—¡Cuidado, Hex! —avisé de pronto—. ¡El coronel…!

Era un aviso oportuno, pero Hex no lo necesitaba. Sus ojos parecían verlo todo, sus sentidos captar cuanto sucedía alrededor.

Ya había advertido las intenciones del coronel. Este, en desesperado esfuerzo, apenas vio fijas en él nuestras miradas, evidentemente acusadoras, actuó por su cuenta, contra el hombre a quien tenía por misión proteger.

Desenfundó un arma letal, una pistola de rayos térmicos, dispuesto a barrerlo allí mismo. Nadie sospechó de su acción, porque resultaba lógico que, ante el atentado fallido, el jefe de los Servicios de Seguridad del presidente actuase de alguna forma en defensa de éste. Lo que nadie imaginaba, era que su acción tenía un objetivo completamente opuesto al previsible.

Hex sí lo sabia sobradamente, con más motivos que yo, puesto que él era quien podía leer en sus pensamientos, gracias a sus poderes telepáticos. Le vi clavar su verde mirada taladrante en el militar, y actuar de nuevo, apelando a sus sorprendentes, casi mágicos recursos.

Esta vez fue su muñequera de apariencia metálica la que saltó, al agitar él bruscamente su poderoso brazo derecho. Los músculos vibraron, los tendones fueron como cables de acero.

Y la aparente muñequera, convertida en una desenroscada sierpe de acero, partió de su brazo, como una culebra voladora, silbando extrañamente en el aire, dirigida por algún poder extraño, o acaso simplemente movida por sus propias y misteriosas fuerzas.

Hex contempló fríamente lo que sucedía. La culebra de metal llegó al estrado. Todos la miraban como fascinados. Algunos soldados, creyendo qué iba a por su presidente, cubrieron a éste, disparando las armas sobre la extraña sierpe de acero volador.

Pero el objeto lanzado por la muñeca de Hex eludió a Jaffe, para caer vertiginosamente sobre Fulton B. Bright. Este alzó su arma térmica, angustiado, miró con ojos desorbitados al ingenio agresor, y disparó un proyectil térmico.

No pudo hacer más. La culebreante forma móvil evitó el impacto, o bien no le afectó en absoluto, y cayó sobre su cuello, enroscándose prestamente en él, como si estuviera viva. Apretó, apretó con tal fuerza, sin dar un respiro al traidor, que Bright, congestionado, arrojó su arma, llevándose ambas manos al cuello, tomando aquel objeto diabólico, pugnando a la desesperada por librarse de él de alguna

forma.

Sus hombres fueron en defensa suya, pensando que era objeto de otro atentado terrorista, como su presidente. Hex, sin embargo, lanzó estentóreas palabras, que retumbaron, con voz increíblemente poderosa, bajo las altas bóvedas:

— ¡Confiesa, coronel Bright! ¡Confiesa tu culpa, o la sierpe magnética terminará con tu vida en escasos segundos! ¡Confiesa, traidor!

El coronel forcejeaba aún, desorbitados sus ojos, abierta la boca, en busca de aire respirable, cada vez más escaso. La piel tenía un matiz purpúreo. Nadie podía quitarle el reptil de metal de su cuello. Y éste era apretado, apretado más cada vez...

— ¡Sí, sí! —jadeó—. ¡Confieso! ¡Confieso haber querido matar al presidente, pero por favor, quítenme... quítenme eso del cuello!

Hex hizo un simple ademán. Su poder magnético era inaudito.

La sierpe de metal se desenroscó, Salió disparada de la garganta de Bright, de regreso por el aire, a la muñeca poderosa de su dueño. Bright, tosiendo espasmódicamente, al borde de la asfixia, caía de rodillas en el estrado, ante las miradas de estupor de todos los presentes.

Serenamente, el presidente Jaffe le miró, y dio una grave orden:

— Arresten al coronel Bright, bajo la acusación de intento de magnicidio.

Los soldados rodearon al traidor. La multitud, pasmada, contemplaba al hombre de melena dorada que de nuevo, ceñía en su muñeca la mágica pieza magnética. Hex me sonrió. Bajó de los hombros que le sujetaban, erguido sobre la muchedumbre.

— Lo hemos resuelto, Merman — me dijo —. Hemos salvado al presidente. Y, tal vez, al mundo mismo...

Le miré, todavía fascinado por sus medios de lucha.

—Hex, eres... eres como un enviado de los dioses... —murmuré—. Oz III tuvo mucha razón. Solamente Hex podía evitar lo inevitable...

— Sí, Merman. Tienes una buena computadora. A ella le debes agradecer todo esto. Incluso yo mismo, mis gentes del futuro...

Venían hacia nosotros hombres de armas del presidente, personas entusiasmadas con la acción salvadora de Hex. Sonreí, mirando al titán del mañana.

— Contra eso sí que no tienes arma alguna — dije, riendo —. La gente quiere hacer de ti el héroe de la época. ¡Pobre Hex, no sabes lo que te espera!

— No, Merman — rechazó Hex, risueñamente. Me tendió su vigorosa y fuerte mano—. No quiero honores. Nadie debe saber lo que realmente sucedió. Tú sabrás explicarlo. Yo me voy.

—Hex… —le miré, aturdido—. No puedes… marcharte ahora…, de regreso.

— Claro que puedo — sonrió, tocándose su cinturón científico —. Tengo todos los medios a mi alcance para regresar a mi tiempo…, y no volver jamás a hacer otro viaje así. Recuerda que no conduce a nada intentar ir más lejos de donde nuestras limitaciones humanas nos exigen.

— Hex, no quisiera que… te marchases ya.

— Debo hacerlo — oprimió con fuerza mi mano —. Adiós, Roy Merman. Me gustó conocerle. Y me gustó hacer algo por todos. Por vosotros…, y por mi.

Echó a correr, antes de que yo pudiera decirle nada más. Le vi perderse tras unas columnas, llevándose ambas manos al cinturón. La multitud casi me arrolló, la gente le buscó, tras aquellas columnas.

No me sorprendió oír a alguien:

— ¡No está! Desapareció…, y eso que no hay salida por aquí…

Suspiré hondo. Entre dientes, susurré una despedida!

—Adiós, Hex…, amigo. Y gracias.

Hex ya no podría oírme. Estaría en su lugar. Aún no habría nacido. Porque él…, él nacería mañana.

Y el mañana aún no había llegado.

Dos oficiales me rogaron que les acompañase. Lo hice. Me reuní con Velda que se lanzó a mis brazos, sollozando. Szabo se limitó a mirarme con asombro. Tamura sonrió, optimista…

Poco después nos reuníamos con Zoltan Jaffe, presidente electo

del Gobierno Mundial. El querría hacerme muchas preguntas. Yo sólo podría responderle con la insólita verdad, lo creyese o no.

Miré en torno todavía, esperando ver en algún lugar al gigante rubio. No podía verlo ya. Estaba lejos. Muy lejos…

CAPITULO II

Hex despertó en su tiempo.

El viaje de regreso había terminado.

Mantuvo sus ojos cerrados, esperando abrirlos y enfrentarse a las maravillas arquitectónicas y científicas de su época. Esperando ver el cielo salpicado de sus miríadas de estrellas, de los cuerpos celestes artificiales, de las naves del espacio, formando un conglomerado de luces en el azul, sobre los edificios de urbes flotantes, de jardines artificiales, de un mundo en paz, feliz y perfecto.

Allá atrás quedaba el mundo de Roy Merman, El mundo de Zoltan Jaffe, su antepasado. El hombre que inició la lucha por la nueva y gran sociedad del mundo... El hombre cuya vida salvó por dos veces, en sólo unos escasos minutos.

Una computadora y un hombre de fe habían hecho el milagro. Volvía satisfecho. Muy satisfecho...

Abrió los ojos, sonriente. Pensó en Zinda, que le aguardaba, hermosa y adorable. En su destino como futuro rector de las naciones del orbe... En su próxima boda con la más bella muchacha que jamás existió...

El viento seco, ardiente, hirió su cuerpo. Cenizas arenosas azotaron sus piernas y torso desnudo. Un huracán cargado de electricidad y olores ponzoñosos agitó su cabellera rubia, desordenada, sucia...

A su alrededor, peñascos de negro basalto, extensiones desérticas horripilantes, muertas y dantescas...

E insectos gigantes. Hormigas voraces, que se movían hacia él, entre las oleadas de arena oscura, movida por el viento infernal...

Encima de él, el negro cielo turbulento, los lejanos relampagueos de pavorosas y eternas tempestades eléctricas...

Ni un alma viviente. Sólo él. El y los insectos desarrollados monstruosamente. Los insectos que le rodeaban, que iban hacia él...

Lanzó un agudo grito de horror, un grito lacerante. Se hincó con furia las uñas en sus brazos, en sus músculos, en su torso, para herirse, para hacerse daño, para despertar bajo el impacto del dolor...

Brotó sangre de las heridas, del surco repetido de sus uñas en la piel de bronce viviente. Goteó, por su epidermis. Sintió el dolor.

Pero nada cambió. No despertó. La pesadilla continuó, angustiosa, aterradora.

Las hormigas se lanzaban sobre él, en una oleada repugnante y cruel. Eran grandes, tan grandes como perros lobos. E infinitamente más feroces, más crueles, más despiadadas. Sobre todo si tenían hambre, si luchaban por sobrevivir...

Allá, en alguna parte de aquel mundo apocalíptico, hubo un grito de mujer. Un grito de muerte, de angustia.

Un grito supremo de dolor y de agonía, que él conoció bien.

— ¡Zinda! — rugió.

Y su cuerpo de titán, de guerrero indefenso, desnudo, armado sólo con una miserable espada de remotos tiempos, se precipitó hacia el lugar de donde llegara el alarido de mujer.

—¡Zinda! —chilló—, ¡Ya voy!

Pero las hormigas gigantescas iban a impedirlo. Le atacaron, le cercaron, fueron sobre él, con sus crujientes fauces y sus pinzas de muerte...

La pesadilla no terminaba. Apenas si había empezado.

Y no era una pesadilla, Ahora, Hex lo sabía. Ahora, Hex sabía que ésta era la realidad. La pavorosa realidad.

A pesar de todo. A pesar de su viaje al pasado, algo había fallado.

A pesar de cuanto hizo, el mundo se había perdido.

En el 2099... Zoltan Jaffe había muerto.

* * *

—¡Muerto! —aullé, palideciendo terriblemente,

— Me temo que sí — afirmó Velda, tan pálida como yo, estremecida, aferrándome el brazo con dedos crispados —. Oh, Roy, ha sido horrible..., horrible...

—No, no... —susurré, incorporándome de mi lecho, frotándome los ojos, desesperado, mirando a la luz de un sol radiante, que hacía hermosa la mañana, que parecía desmentir las espantosas noticias recibidas de labios de Velda al despertar—. ¡No puede haber sucedido algo así! ¡El presidente estaba a salvo!

— Eso era anoche, Roy. En la alocución. Lo peor ha sucedido hoy. En la toma de posesión. Y esta vez, Hex no estaba para impedirlo... Ni siquiera tú, Roy...

—Estaba dormido. Me fatigué tanto ayer... Creí... Creí que todo trascurriría sin novedad, sin riesgos... Bright había confesado... Está preso, aislado... ¿Cómo pudo suceder, Velda? ¿Quién lo hizo?

—Fue... Fue justamente cuando acababan de darle las investiduras. Se incorporó para hablar, entre vítores y aclamaciones, al sonar del himno mundial de las Naciones... Entonces ocurrió. ¡Oh, Roy, fue espantoso...!

—¡Termina de una vez! —rugí—. ¿Qué ocurrió, exactamente?

—El presidente Jaffe sonreía, alzaba sus brazos... De repente ocurrió algo. Hubo un estallido ante él. Su faz se cubrió de sangre. Cayó como fulminado. La confusión fue horrible... Le rodearon los soldados, los oficiales. Una nave especial de urgencia le llevó al hospital... Las únicas noticias son de un boletín de emergencia transmitido hace poco. Estaba... Estaba agonizando. En coma.

—¿Y... y el agresor? —me temblaron las manos, las rodillas, los labios e incluso los ojos.

— Nadie le vio. Yo estaba cerca del presidente. Vi al vicepresidente junto a él, pero Alex Bladt no se movió. Ulah Tagger, la secretaria, estaba sosteniendo la placa magnética de su discurso. No parecía posible que hiciera gesto agresivo alguno. Yo estaba junto al profesor Szabo, y Tamura había ido a buscar sus gafas de sol al asiento de donde nos habíamos desplazado para acercarnos al presidente. Oí gritar a Tamura, cuando se produjo la explosión, porque él advirtió algo, un movimiento de un objeto metálico cayendo junto al presidente, según nos refirió... Eso fue todo.

No dije nada. Anonadado, continué allí quieto, con la mirada perdida en la claridad solar de la mañana, en el bello paisaje urbano, repentinamente frío y desolado tras oír la noticia.

— Después de todo... — musité —. Después de todo, Hex no pudo evitarlo... Se equivocó la computadora...

— O quizá se equivocó Hex, al marcharse tan pronto — sentenció Velda.

—Ninguno pensamos en... en un segundo atentado. Parecía tan remoto, tan improbable... Oh, Velda, anoche falló el insecto-robot, con carga de alta tensión, falló luego Bright en su empeño... y hoy tiene que suceder esto...

— ¿Qué vamos a hacer, Roy?

— No lo sé. Iré al hospital. Trataré de indagar algo, de enterarme del estado del paciente, si aún vive... Cielos, si fuera posible volver a comunicarse con él...

— ¿Con Hex? Imposible, Roy. El ingenio del profesor Szabo requerirá años para perfeccionarse y poder enviar a alguien nuevamente al futuro o al pasado... No hay medios ya.

— Por otro lado, ¿qué mundo habrá encontrado Hex a su regreso, muriendo el presidente Jaffe? — gemí—. Su sueño, su repetida pesadilla... acaso sea la realidad. Y lo demás fue sueño. Pobre Hex. Pobres de todos nosotros, Velda...

— Lo que tenga que suceder, sucederá — sentenció ella—. Debimos habernos resignado, no buscar soluciones... más allá de nuestros recursos naturales y de las leyes mismas del Creador.

— No, Velda. Fuimos quizá un poco arrogantes, creímos demasiado en nuestras propias fuerzas — dije, mientras salíamos precipitadamente de mi vivienda, para enfilar con una biplaza a turbinas, hacia el Hospital de las Naciones, donde estaría internado el máximo gobernante del mundo —. Pero si Dios nos permitió recurrir a esos medios, es porque eran lícitos, después de todo.

Llegamos al hospital en breve tiempo. Allí esperaban muchos conocidos. El vicepresidente no estaba. Se ocupaba del Gobierno, en estado de emergencia. Ulah Tagger, la bella secretaria privada del Gabinete Presidencial, nos atendió. Su gesto era sombrío.

— Agoniza — nos dijo —. Los médicos no tienen esperanzas.

— ¿Qué clase de arma utilizaron?

— Nadie lo sabe. Algún mecanismo controlado a distancia. Nadie se acercó a él. Es evidente que, pese a cuanto ha confesado, el coronel Bright no actuaba solo. Hay alguien más en este complot...

— ¿Cómo reacciona el presidente? — me interesé de un médico.

Su movimiento de cabeza fue pesimista.

— Es fuerte — dijo —. Pero las heridas son graves. Una, sobre todo, en el cerebro. Tiene bloqueados algunos centros nerviosos. No reacciona.

Me estremecí. La situación no dejaba lugar a dudas. Era desesperada.

Me reuní con el profesor Szabo y con Tamura, que tomaban unos frugales alimentos en el restaurante del hospital. Mi ayudante japonés me dirigió una penosa sonrisa. A través de los vidrios polarizados de sus gafas, sus almendrados ojos no revelaban tampoco gran optimismo hacia el futuro.

— Estoy seguro de que vi algo — dijo Tamura roncamente—. Flotaba ante el presidente, y estalló en su propio rostro. Resulta raro que él no lo advirtiese.

No dije nada. Señalé las gafas de Tamura, tras un momento de reflexión.

— ¿Las llevabas puestas cuando viste ese objeto o lo que fuese? — indagué.

— Sí — afirmó —. ¿Por qué?

— Tal vez el sol no te deslumbró como a los demás.

— No, yo diría que no era nada que brillase — meneó la cabeza, en sentido negativo—. Era… Era como una sombra.

— ¿Una sombra?

— No sabría explicártelo, Roy. Un perfil, una silueta fugaz, algo fantasmal. Luego, hubo el estallido súbito…

— No suena muy convincente — rechazó Szabo, pensativo —. Ya le he dicho que no hay fantasmas, Merman. Y menos, a pleno sol…

El sabio se alejó, sacudiendo su cabeza con pesimismo. Velda y yo nos quedamos con Tamura. Bruscamente, le pedí a mi colaborador:

— Dame tus gafas.

— ¿Cómo? — se sorprendió él.

— Préstamelas por unas horas. Yo las llevaré — le entregué las mías —. Toma estas, Tamura. Quisiera saber si tus lentes pueden

permitir que veas algo que ni siquiera los que estaban junto al presidente, o él mismo, pudieron ver.

—Tal vez no se repita el hecho jamás… —comentó Velda.

— Tal vez — dije, con expresión pensativa —. Pero vale la pena probar…

Me las apliqué sobre la nariz. La imagen era nítida, pero aparentemente normal. Tenían un tono levemente rosado.

— ¿Hace mucho que las tienes? — quise saber.

— ¿Tenerlas? — enarcó las cejas —. No. Las encontré anoche, en el pabellón de la audiencia, donde se cometió el doble atentado y Hex salvó al presidente…

Cambié una mirada de perplejidad con Velda. No dije nada. Pero me despedí de ellos, y regresé de nuevo a las dependencias inmediatas adonde agonizaba el infortunado Zoltan Jaffe. En ningún momento me despojé de las gafas solares de Tamura…

CAPITULO III

Al menos había un centenar de gigantescas hormigas.

Le rodeaban por doquier. Tenían hambre. Y no perdonaban nunca a sus adversarios. Hex se enfrentó a ellas, mientras en la distancia, en alguna parte de la alucinante región de los vientos y las cenizas arenosas, el grito de agonía de Zinda se repetía, con creciente angustia.

—¡Sí, Zinda, te oí! —rugía Hex, rabioso, convertido en un ser desesperado y titánico, empeñado en una lucha que estaba perdida de antemano —. Ya voy, ya voy en tu busca, amor mío...

Las hormigas no iban a permitirlo fácilmente. Hex manipuló la formidable espada, su única arma, en aquel regreso dantesco a la Prehistoria del mundo.

Descargó mandobles secos, demoledores. Cabezas de hormigas enormes saltaron, cortadas limpiamente por el filo de la espada. Un repugnante, irritante olor a ácido fórmico escapó de los cuerpos decapitados, brillantes y duros, que pateaban, impotentes, al perder su cabeza.

Hex saltaba sobre aquellos cuerpos repulsivos, y seguía lanzando golpes de espada contra dos feroces insectos. Algunos de ellos le rozaban con sus patas hirientes, o le arañaban con sus pinchos, haciendo brotar sangre de su piel desgarrada.

Era una lucha ciclópea e inútil. Terminaría por perecer bajo el acoso devastador de aquellos hambrientos himenópteros. Pero Hex era de los que sabían morir matando. Esta no iba a ser una ocasión en que se diera por vencido, y menos estando Zinda en algún espantoso peligro insospechado.

Dos de las colosales hormigas, crecidas monstruosamente por causa de las radiaciones escapadas de la superarma letal que aniquiló las civilizaciones mundiales, cayeron al fin sobre Hex.

Una fue atravesada por la espada de él. Pero la otra pudo hacer presa en su cuerpo, le desgarró, causándole una profunda herida en el tórax, con su terrible boca voraz... La sangre brotó en abundancia, y el dolor sacudió al titán a punto de ser vencido...

Se revolvió, rabioso. Seccionó las antenas de la hormiga con un

tajo fulminante, y el himenóptero reculó, con un chirrido estridente, revolcándose, aturdida, entre las demás camaradas de aquella aterradora legión.

Hax se sintió débil, fatigado. Tres hormigas más, escalando los cuerpos de sus vencidas hermanas, atacaron por tres puntos diferentes a Hex. Este supo que ya no podía hacer nada por continuar en pie. Acabaría con una o con dos. Pero una de ellas, cuando menos, caería sobre él inexorablemente.

Y detrás venían, cuando menos, una docena de ellas, prestas a hacer presa en su cuerpo ensangrentado, que despertaba su voracidad cruel.

—Zinda, cariño... — jadeó, sudoroso, sangrante —. Ni siquiera... podré ir a salvarte... o a morir contigo, dondequiera que estés...

Cayó de rodillas. Las hormigas fueron hacia él. Pudo cortar otra cabeza, en un esfuerzo supremo. Una hormiga le arrolló, causándole daño, arañazos profundos. Otra abrió sus fauces asquerosas, envolviéndole en vaharadas de ácido fórmico...

Hex supo que había llegado el fin. Su rubia cabeza iba a quedarse entre aquellas fauces hambrientas, seccionada de un simple bocado monstruoso...

* * *

Justamente entonces empezó el terremoto.

Vibró el suelo, empezando a temblar los muros de piedra basáltica. Rodaron peñascos, tembló la arena gris...

Las hormigas captaron el seísmo. Empezaron a retroceder, asustadas. La que devoraría a Hex al momento siguiente, retrocedió, cerrando su boca lentamente, dejando allí a Hex, intacto.

El terror se apoderó de la masa de himenópteros gigantes. Empezaron a alejarse para uno y otro lado. El viento ululó, arrojando nubarrones de arena gris sobre ellas. En el cielo chisporroteaban las descargas eléctricas...

En torno a Hex quedó solamente un cementerio alucinante de cuerpos ventrudos, tersos, decapitados. Las hormigas vivas huían ya en desbandada, se hundían en la arena o se ocultaban bajo las

piedras…

Hex se incorporó, vacilante. Aferró su espada, en un esfuerzo supremo. Caminó, tambaleante, hacia donde sólo había silencio.

—Zinda. Zinda… —y nadie le respondió ahora. Nadie gritó, salvo el viento en las rendijas de negra roca, mientras el suelo trepidaba, violento.

Hex avanzó por entre rocas negras, saltando entre ellas, hundiendo las piernas en la arena cenicienta, casi hasta los muslos. Su paso, a pesar de su lastimoso estado físico, era firme, resuelto. Un impulso superior le movía.

Y ese mismo impulso le llevó hasta aquella negra roca redonda, en cuya cima yacía el cuerpo de Zinda…

—¡Zinda, mi vida! —gritó él, exaltado.

Corrió a ella, subió la rugosa superficie basáltica del gran peñasco que, como una ara de sacrificios, se alzaba solitario en el desierto gris. El viento jugaba con la larga y sedosa melena azul-negra de Zinda. Su cuerpo casi desnudo, vibraba con la roca, a impulsos de la trepidación geológica…

Hex alcanzó aquella figura de diosa pagana, hermosa y sensual, de formas rotundas, convertida ahora en una quieta, triste estatua de muerte, la sangre deslizándose de su cuello… y con aquel espantoso, amedrentado reptil de ojos amarillos, de fauces babeantes y escamosa piel negra, dejando de succionar la herida mortal de Zinda, para mirar, con odio y pánico al enemigo que surgía, en medio del seísmo cada vez más violento!

—Maldita alimaña, sucia y asquerosa… —jadeó Hex, convulso —. Mataste al ser más querido… Al único por quien valía ya la pena vivir en este sucio mundo que se desmorona…

El reptil chirrió, agresivo, asustado por el terremoto, pero incitado por el odio instintivo al ser humano. Se enfrentó a él, malévolo…

La espada de Hex cayó, justiciera, aniquiladora, con su mensaje devastador, movida por una mano y un brazo que jamás temblaron. Y ahora, menos que nunca, en venganza de la vida amada, perdida para siempre en aquel holocausto cruel y estúpido…

El filo de acero hendió escamas y ojos de la alimaña.

Saltó una repugnante sangre fría junto con su humor ocular,

reventados los amarillos ojos crueles. El animal chilló, con agónico dolor, y rodó por la piedra abajo, agitando su cola violentamente. Se quedó inmóvil en la arena que, al compás del seísmo, fue engulléndolo implacablemente.

Pero ese furioso arranque final, bien sabía Hex que era inútil. Zinda estaba muerta. Y nada ni nadie le devolvería ya la vida...

—Zinda, mi amor... —musitó.

Soltó la espada. Cayó sobre aquella estatua de desnuda carne yerta. Besó su piel de alabastro, fría y tersa. Subió hasta los labios, que besó dulce, suavemente, en una despedida muda y patética.

En los ojos del rubio guerrero, del titán del futuro, hubo una humedad de llanto. Su único rasgo de debilidad en toda una vida. Abrazó a la mujer muerta, acarició con dedos temblorosos, estremecidos, extrañamente suaves y dulces, pese a sus vigorosos tendones, el cabello negro-azul.

—Zinda... mi vida... —susurró—. No sirvió de nada. Ni mi viaje al pasado, ni el esfuerzo por salvarte... Algo sucedió allá, después de irme yo. Algo imprevisto... Debieron matar a Jaffe. Y así, el mundo que tú y yo conocimos, nunca existió... Fue un sueño hermoso, al margen de la vida y del tiempo, Zinda mía...

Le besó el cabello, tiernamente. Musitó las últimas palabras, entre convulsiones del mundo todo, sacudido por el caos creciente.

—Debí decirle a Roy Merman... Debí decirle a Roy... que dejaba en su poder... dos armas posibles... para cualquier riesgo... Las... las gafas detectoras de cualquier peligro mecánico, electrónico o magnético... y la medicina... prodigiosa... por si alguna vez... Jaffe era... herido... de muerte... Pero no pudo ser. No le dije nada... y éste es el fin...

Hablaba entre las convulsiones del orbe estremecido. El viento era violento, las nubes de ceniza rugían en torno, envolviéndolos en su supremo, postrer abrazo. Arriba, el cielo dantesco estallaba en apocalípticas descargas eléctricas...

— Zinda..., mi amor... — susurró —. Todo pudo ser mejor...

Y el apocalipsis gris envolvió a Zinda y a Hex, arrojándoles a la sima profunda de una grieta insondable, abierta entre los peñascos negros del mundo muerto...

CAPITULO IV

— ¿Algo nuevo, doctor?

— Sí, Merman. Algo nuevo y nada esperanzador. El presidente perdió el conocimiento de modo total. Es cuestión de poco tiempo ya...

—¿Va... va a morir? —me estremecí.

— Eso es, Merman. Va a morir — asintió el médico, sombrío—. Posiblemente antes de una hora...

Se alejó. Me quedé petrificado, mudo de horror. Todo estéril. Absolutamente todo. El viaje al futuro, Hex, la lucha por salvar al mundo de Zoltan Jaffe...

Apreté los labios con fría ira. Regresé lentamente a la amplia sala. Me había movido por enésima vez para saber algo. Ahora ya lo sabía. Me miraron todos: El vicepresidente, que fumaba nervioso; la secretaria Ulah Tagger; el profesor Szabo; los políticos y militares más unidos al presidente...

También Velda y Tamura me miraron. Iba a informarles sin esperar respuesta. De repente, algo me vino a la mente, no sé lo que fue. Lo cierto es que, tocando mis gafas con aire mecánico, expliqué:

— Buenas noticias, señores. El presidente reacciona.

Vi su estupor, su sobresalto, su excitación. Todos me rodearon, impacientes. Algunos quisieron ir a confirmar la buena nueva de labios de los médicos. Les retuve. Hablaba y actuaba yo de un modo raro. Como influido por algo o... por alguien.

— No, por favor — pedí —. No lo hagan. No vaya nadie... No quieren molestias para el presidente. Está recuperándose. Se le aislará más que nunca, para evitar complicaciones.

—Pero... ¡Pero eso es maravilloso, Merman! —estalló Bladt, el vicepresidente.

—Lo es, señor —le miré fijamente—. Sólo falta que su naturaleza responda...

— Responderá — aseguró Ulah Tagger —. Es un hombre muy fuerte.

Era una mentira cruel. Y aparentemente sin sentido. No tenía razón de ser, me dije. Pero algo me incitaba a actuar así, a seguir manteniendo la farsa. Ni siquiera sabía el qué. Volví a tocar mis gafas, de modo instintivo. Me las quité, moviéndolas entre mis dedos, pensativamente.

— Dios lo quiera — rogué —. Si es así, el mundo se salvará...

Szabo asintió mecánicamente. Tamura y Velda parecían tan animosos como sorprendidos. Y creo que Velda no pensó ni por un momento en que yo estuviera diciendo la verdad. Su modo de mirarme me lo dio a entender.

Vino Velda cerca de mí. La oí musitar:

— Roy, ¿eso es cierto?

—No —negué—. Pero creí obligado decirlo.

—¡Roy! ¡Es una locura mentir así! —jadeó.

— Lo sé. No entiendo lo que me ocurre. Es como si algo dirigiera mis pensamientos... —miré las gafas de sol en mis manos. Las estudié, pensativo. Recordé los ingenios que poseía Hex. Busqué en el objeto su sello de fabricación. No lo encontré. Perplejo, las manipulé, paseando por la galería soleada del hospital.

—Roy, ¿crees que Hex... desde donde ahora esté... puede...?

Miré a Velda. Lo había pensado ya. Era una posibilidad. La fuerza mental y magnética de Hex podía incluso llegar, tal vez, desde otro lugar en el Tiempo... Eran una raza superior, su mente estaba educada de otro modo, en ese lejano futuro... ¿Por qué no...?

— Mis impulsos son extraños — comenté —. Por ejemplo... Algo me dice que estas gafas...

— ¿Qué, Roy?

— No, nada — suspiré. Al ir a aplicarlas a mis ojos nuevamente, descubrí otro detalle extraño. Una de las varillas podía desprenderse. Y al hacerlo, observé que el final de la varilla, el que debía aplicar sobre mi oreja, despedía unas extrañas líneas diminutas, casi inapreciables, de luz cárdena, como leves rayas de simples reflejos...

Al aplicarlo a mi piel, sentí un cosquilleo, una rara sensación en mi organismo...

— Cielos, ¿qué será...? — murmuré para mí, apartándome de Velda. Me apliqué las gafas. Caminé hacia el lugar donde se hallaba recluido el presidente, en el ala sur del gran Hospital de las Naciones.

No dije nada a nadie, ni siquiera a Velda. Pero ahora estaba seguro. Aquellas gafas poseían algún raro secreto. Quise saber cuál, pero no podía captar nada mi mente, por mucho que me esforzase en ello.

Deambulé por la antesala de los gabinetes médicos reservados al ilustre paciente. Había guardia armada, pero no impedían mi entrada. Yo era de total confianza para todos, después de mi contribución a salvar a Jaffe del atentado mortal de la noche antes.

Me detuve en la antesala del cuarto reservado al presidente. Salieron dos médicos, me saludaron fríamente, y se metieron en un vecino quirófano. Respiré hondo. Di unos pasos.

Me volví al oír nuevas pisadas tras de mí. Clavé mis ojos recelosos en la persona que llegaba. Pero no me inquietó. Respiré con alivio.

—Ah, es usted, profesor Szabo... —dije—. ¿Qué quiere saber?

— Me sentiría feliz si el presidente continuase mejorando... — murmuró el sabio, moviendo su cabeza, con aire profundamente abstraído.

— Es casi un milagro — murmuré, siguiendo mi mentira de antes —. Pero parece que va a volver en sí, y si eso sucede, puede decirse que estará fuera de peligro, profesor...

El asintió, pensativo. Yo me dije que era absurdo engañar así a un amigo, a un camarada en aquella dura lucha por salvar al presidente.

Acababa de pensar así, cuando lo vi.

Di un leve respingo. Recordé las palabras de Tamura:

«Estoy seguro de que vi "algo" ante el presidente... Era inapreciable casi. Una sombra, un fantasma acaso...»

Yo también acababa de verlo. Entre Szabo y yo. Moviéndose. Hacia la cámara donde reposaba el agonizante Zoltan Jaffe...

* * *

Era como dijo Tamura. Una simple sombra. Una silueta huidiza, como vaporosa. No tenía el perfil de un ser vivo, sino algo fluido, informe, en movimiento. Algo que no podía ser visto sin aquellas extrañas gafas llegadas tan misteriosamente a manos de mi ayudante japonés…

— Eh, Roy, ¿qué le pasa? — se intrigó Szabo —. ¿Está viendo visiones acaso?

— Me temo que eso es lo que estoy viendo, profesor — asentí, señalando la puerta de la habitación del presidente—. ¡Y va hacia allá, sea ello lo que sea!

Me precipité en pos de «aquello». Pasé a través de ello como una exhalación. Penetré en la estancia donde, asombrados, media docena de médicos me contemplaron, con repentina alarma, temiendo otro atentado contra el agonizante.

El estertor de Jaffe era audible, ahogado y lento, mientras se agotaba por instantes la vida en aquel cuerpo inmóvil, rodeado por facultativos cuya ciencia era inútil para devolverle la vida…

Szabo lanzó una imprecación y corrió tras de mí. Era curioso, pero la silueta, la «cosa» vaporosa, flotante, se movió más veloz ahora, hacia el yacente. Yo avancé, tratando de interponerme.

Los médicos no sabían qué hacer. El profesor Szabo, sin embargo, me aferró repentinamente por un brazo.

—Quieto, Merman —dijo con voz helada—. No intente nada. No sé cuál es su fuerza actual, ¡pero el presidente tiene que morir!

Le miré, estupefacto. Vi brotar de él, como si su cuerpo se desdoblase, otra silueta fluida, vaporosa, como una línea ondulante, fantasmal, en movimiento rápido hacia el yacente Jaffe.

Y entendí.

Entendí, demasiado tarde acaso, que el nuevo emisor de la muerte era el profesor Szabo.

Y que aquellas formas espectrales, eran un medio desconocido de muerte, dirigido hacia Zoltan Jaffe…

* * *

Mi indecisión duró un instante. Sólo un instante.

Yo estaba seguro de que aquellas sombras eran siniestros medios mortales de naturaleza desconocida para mí. Pero nada podía contra lo que no tenía forma ni era tangible. A mi lado, Szabo me sujetaba un brazo con una mano. Con la otra, oprimía un arma con la que me amenazaba, resuelto a todo. Sus ojos tenían un extraño brillo hipnótico...

Entonces hice lo único que era posible hacer. Atacar a Szabo.

Le ataqué. Era jugarme la vida, pero había llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Eran demasiadas cosas las que dependían de mi propia y exclusiva decisión.

Me decidí. Inesperadamente, disparé mis piernas, en un salto acrobático, contra la mano armada de Szabo. Gritó él, se disparó su arma, pero voló lejos de sus dedos. Rápido, le descargué un formidable impacto con ambos puños, en su sien. Osciló, con un gemido, y aproveché para soltarle otro mazazo a la nuca.

El viejo sabio cayó como un fardo. Quedó inmóvil, a mis pies. Allá, junto al lecho de Jaffe, ocurrió algo. Miré en esa dirección. A través de los mágicos vidrios de mis gafas, descubrí que se diluían aquellas sombras de muerte, junto a la cama del presidente, y éste se agitaba inquieto, en su agonía.

Corrí a su lado. Los médicos contemplaban todo aquello sin entender, pero uno pulsó la alarma y entraron los soldados de guardia. Yo les avisé:

— Arresten a Szabo. Y eviten por todos los medios que vuelva en sí. Al menos, por el momento. Si se recupera, descarguen otro golpe en su cabeza, y que pierda el conocimiento. Es vital para la seguridad del presidente...

Ellos no entendían, pero hicieron lo que yo decía. Me incliné. El presidente estaba a punto de morir.

Me quité las gafas prodigiosas. De nuevo, algo superior, ajeno a mí, me dijo que lo hiciera. Y lo hice.

Apliqué la varilla de mis lentes al cráneo vendado del desfigurado Zoltan Jaffe. Médicos y militares me contemplaron, entre recelosos y asombrados, cuando el extremo de la varilla tocó los vendajes del herido.

Brotaron delgadas líneas de luz cárdena de la varilla. Tocaron sus

heridas de la frente. Ante el asombro de todos, con un leve chisporroteo, empezaron a calcinarse, se cicatrizaron y terminaron por desaparecer…

—¡Dios! ¿Qué es eso? —masculló un médico.

— Creo que es la salvación — dije, excitado —. Pronto, quiten esas vendas.

— Pero las heridas de su cráneo…

—¡Quiten las vendas! —exigí—. En este elemento está la vida del presidente…

Me obedecieron.

Y yo, en medio de un tenso silencio, aproximé aquella misteriosa varilla a las profundas heridas cerebrales de Zoltan Jaffe.

Luego esperé, mientras despedía líneas de luz, penetrando en su desgarrado encéfalo… Coagulábase la sangre, se cerraban las heridas, desaparecían cicatrices…

Y de repente, la respiración de Jaffe dejó de ser un estertor. Se hizo apacible. Comenzó a recuperar su faz un aire sereno, tranquilo, de hombre en reposo…

— ¿Cielos, miren eso! —gritó un médico—. ¡El presidente… el presidente vuelve a la vida!

Respiré hondo. Seguí mi acción. Sólo supe murmurar:

—Gracias, Hex, amigo…

CAPITULO V

— ¡Dios mío, Merman! ¿Qué sucedió?

— Nada irremediable, por fortuna. Cálmese, profesor Szabo.

—Pero... Pero han dicho que yo... intenté asesinar al presidente... —gimió el viejo investigador científico.

— Eso no es exacto. Usted hizo la acción. Pero no era usted entonces.

— ¿Qué quiere decir?

— Usted atentó contra Jaffe en la toma de posesión. Y luego en el hospital. Pero era su mente la que actuaba, a control remoto.

» El coronel Bright es un hombre tan cruel como inteligente — expliqué —. Estaba decidido a llevar hasta sus últimas consecuencias sus sueños de poder militarista y bélico. Fracasó un plan, pero dispuso otro, en el escaso margen de pocas horas. El le visitó a usted anoche, para hablarle de mi viaje al futuro, ¿no es cierto?

— Pues... sí. Lo hizo.

— Durante su visita, le hipnotizó sin usted advertirlo.

Y logró introducir en su oído una diminuta cápsula magnética que le servía como emisor-receptor de ideas. A distancia, le obligaría a que usted emitiese, con esa cápsula también, unas ondas electromagnéticas, destructivas, contra el presidente Jaffe. Usted actuó de ese modo en la toma de posesión, y lo intentó de nuevo esta tarde, en el hospital...

—¿Cómo pudo saberlo, Merman? Es cosa de magia...

— Todo lo desconocido parece magia. Pero es científico, profesor. Ciencia del futuro. Unas gafas capaces de captar impulsos electromagnéticos y hacerlos visibles... y una varilla provista de unas radiaciones médicas sorprendente, que regeneran piel, tejidos, y curan heridas mortales hoy en día... El último tributo de nuestro amigo Hex, a la salvación del mundo... Lo dejó aquí, por si nos era necesario. Luego, creo que sus impulsos mentales viajaron por el Espacio-Tiempo, y llegaron a mí, orientándome.

— ¡Dios mío! — Szabo se enjugó el sudor de su frente —. Yo,

culpable de magnicidio…

— No, profesor. Usted no. Bright solamente. Desde prisión le controlaba. Ya le he quitado del oído el receptor de ondas mentales y emisor de ondas de muerte. Es usted de nuevo, y se le ha hecho una radioterapia anti hipnótica. Está fuera del influjo de Bright, contra el que se tomarán adecuadas medidas para que no vuelva a poner en peligro la paz del mundo, amigo mío.

—Y todo… gracias a usted, Merman.

—No —negué—. Todo, gracias a Hex… Espero que él haya encontrado, en su tiempo, la felicidad a que se hizo acreedor tan gran amigo de la paz del mundo y de la existencia del hombre… Aunque durante varias horas, Jaffe estuviera realmente muerto…

— Ahora está fuera de peligro, ¿no?

— Fuera de peligro, sí — sonreí, abrazando a Velda contra mí —. Fuera de todo peligro, por fortuna para el mundo actual y futuro, profesor Szabo…

* * *

Hex despertó.

—¡Cielos…! —miró a Zinda, amorosamente reclinada sobre él —. ¿Tú, mi amor…?

—Sí, Hex querido… ¿Quién, si no? Volviste del pasado… y aún duermes tras el regreso.

Miró en torno, estremecido. Luz rosada, música dulce, ambiental, surtidores, jardines, esplendoroso cosmos cuajado de astros naturales o artificiales, ciudades bellas y felices…

— Zinda… — jadeó —. Fue realmente un sueño… otra vez.

— Seguro que tuvo que ser un sueño, fuese lo que fuese — sonrió ella dulcemente. Le besó —. Vamos, es tarde. Debes tomar algún alimento. E iremos al gran espectáculo, en el anfiteatro… Me lo prometiste, Hex.

— Cierto, Zinda — sacudió su dorada cabeza, con asombro. Miró en torno —. Ni cenizas arenosas, ni basalto, ni hormigas gigantes…, ni

reptil..., ni la muerte para los dos...

— ¿Qué dices, cariño? — se sorprendió Zinda.

—No, nada —suspiró—. Otra vez ese sueño... entre el pasado y el futuro. Vamos ya. Veremos ese espectáculo...

Se incorporó. Zinda le miró, sorprendida.

—Cielos, Hex... Esas heridas..., ¿qué son?

Hex se miró. Estremecióse. El pecho, su torso arrogante..., hendido de arañazos...

—¡Dios mío...! —musitó—. Debí herirme en el pasado o en el viaje.

—Y hay un raro olor en tu piel, Hex —dijo Zinda—. Como... como ácido fórmico...

Hex asintió, pensativo. Miró el cielo estrellado. Temblaron sus labios un momento.

— De modo que fue cierto. Por un instante, todo pendió de un hilo... — murmuró —. Zoltan Jaffe estuvo en las fronteras de la muerte... y volvió a ellas. Como todos nosotros, entre la vida y la ficción, Zinda.

— ¿Qué quieres decir, Hex, querido?

—No, nada —sacudió la cabeza—. Nada... Olvídalo, Zinda, mi vida... Vamos ya.

Pero él no lo olvidaría. Jamás. Ahora sabía que no fue un sueño. Nada era un sueño. Fue la fluctuación del destino del Hombre, entre el caos y la perfección. Fue un instante, al filo de la vida y de la muerte, en el que todo pudo ser posible.

— Por fortuna — pensó Hex —, mi viaje no fue estéril...

No. No fue estéril. El hombre que nació mañana... había salvado el pasado, el presente y el futuro.

Tal y como dijo una computadora vulgar, la Oz III, allá en el año 2099, a un hombre llamado Roy Merman. Un amigo eterno, a través del Tiempo...

F I N